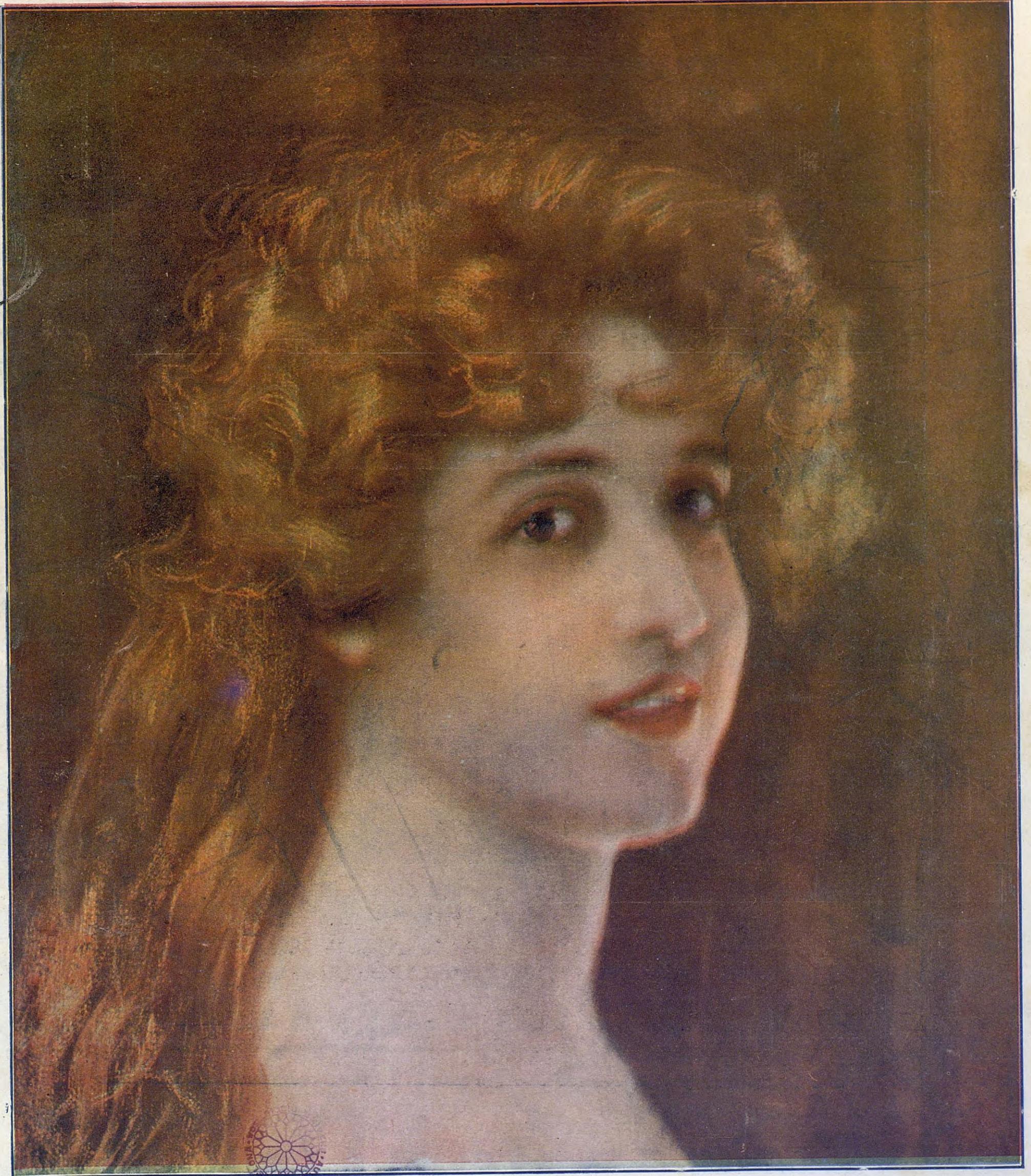


La Esfera

Año I * Núm. 7

Precio: 50 cénts.



RETRATO AL PASTEL, por Juan José Gárate



Ehrmann

El soplo perfumado de la primavera, la dulzura de un beso de amor... son como los efluvios que desprende _

El Jabón **HENO** de **PRAVIA**.

Año I

14 de Febrero de 1914

Núm. 7

La Esfera

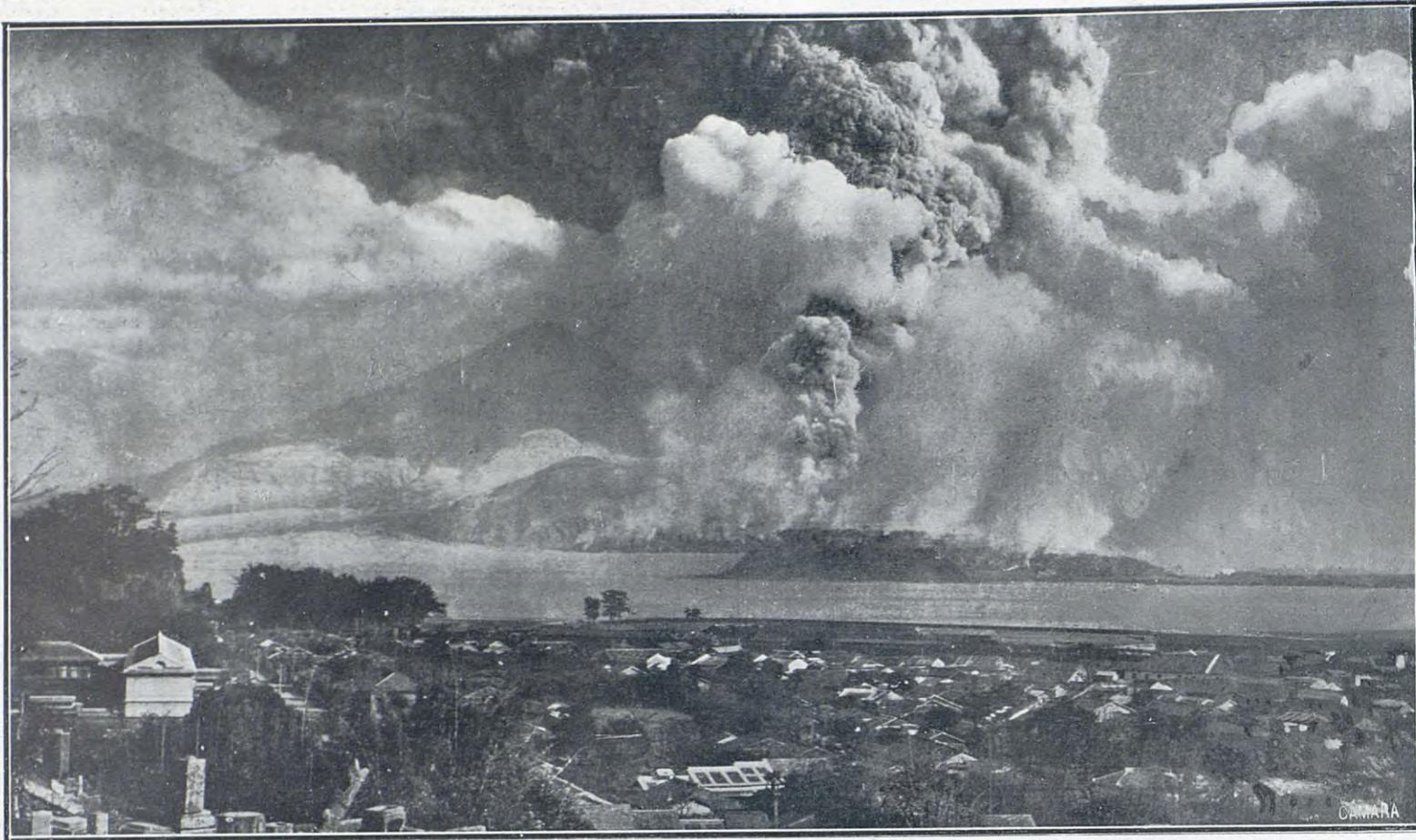
ILUSTRACIÓN MUNDIAL



DIBUJO DE GAMONAL

JOSÉ MARÍA USANDIZAGA

Joven compositor vascongado, autor de la partitura "Las golondrinas", drama lírico que ha obtenido, en el Teatro de Price, un éxito grandioso



Interesantísima fotografía de la erupción del Sakurajima (Japón), tomada desde el cementerio de Kagoshima

DE LA VIDA QUE PASA

LOS ENVIDIOSOS

◇ Declamar contra la envidia es más fácil que no sentir envidia. De ahí que todos echemos pestes contra los envidiosos: y de ahí que lo seamos todos, aún los mejores, alguna que otra vez

Humana pasión es la envidia y, como las demás que traemos al nacer, disueltas en la sangre, necesaria para el bien de la especie.

En educar las pasiones, no en aniquilarlas, estrictamente el perfeccionamiento de los individuos y el progreso de las humanidades. Son las pasiones como los explosivos: en estado salvaje matan; domesticadas por la ciencia ó por la conciencia, sólo beneficios reportan.

¿Qué es la emulación, sino la envidia en estado de domesticidad? Y sin la emulación, por cuyo influjo cada hombre procura, dentro de su esfera de actividades, valer tanto como el que más, ¿habríamos llegado, en todos los órdenes individuales y sociales, donde nos encontramos hoy?

Pero no es la envidia educada ó la que, sin estarlo, tiene explicación lógica de existencia, motivadora de mi crónica. Es otra envidia aparte; de pura cepa nacional; los españoles la llevamos metida en el tuétano; unas generaciones van heredándola de las otras, no como pasión, susceptible de regimiento, como enfermedad, como endemia que todo lo invade y lo roe y lo esteriliza, dificultando el viaje de la raza al progreso.

Que los iguales en oficio, artistas ó zapateros remendones; hombres de ciencia ó de negocios; guerrreadores ó políticos, se odien, se nieguen, se discutan, se estorben y hasta procuren, por ruines maneras, anularse, cosa es triste, pero explicable. Si no tiene honrada justificación, tiene muy racional disculpa. La vanidad profesional, la competencia, el ansia de ganar un buen puesto, la lucha por la vida, en fin, justifican la envidia y sus consecuencias en hombres de igual carrera, industria ó arte.

Tal vez esos odios, esas negaciones, esas iniquas y traidoras peleas, representan un beneficio. A los fuertes les enardecen los puñalazos de la envidia. En ocasiones la envidia, creyendo fabricar trampas que vuelcan sobre abismos, construye escalas que llegan á la gloria: Equivocaciones que me permito llamar compensaciones.

Que un zapatero remendón procure arruinar al que corta suela en el portallillo de enfrente; que

un poeta muerda las estrofas de otro poeta hasta pulverizarlas—no digo digerirlas, porque él nunca podría conseguirlo;—que una hembra calumníe á otra; que un asesino sondee despectivamente las heridas hechas por un colega... que cada cual, en su oficio ó en su ambición, quiera ser el primero, el único, será egoísta; absurdo no. No hablará muy alto en obsequio de la fraternidad humana; pero ¡qué remedio!; hoy por hoy, los hombres no somos hermanos; gracias que seamos vecinos.

Aun — siempre dentro de un mismo oficio— se explica la envidia del de arriba al de abajo, del que triunfa en el primer lugar al que se arrastra por el último. Conocí á una elegante y hermosísima dama que siempre hablaba con rencor de cierta su amiga muy fea. ¿Todo por qué? Por que la fea tenía un lunarito negro en el hoyuelo de la barba. No paró hasta hacerla reñir con su esposo. Cosas de mujeres... y de hombres... Y de grandes hombres también.

Hasta aquí la envidia corriente. Vamos ahora con la otra envidia, con la envidia de castiza cepa española.

¿Cuál es y en qué consiste? A poco que mis lectores echen mano de sus recuerdos, la verán y la explicarán por sí propios. ¿No estuvieron nunca en un café, en la antecala de un teatro, en el rincón de una tertulia, en cualquier sitio donde platicquen media docena de españoles?

Pues, si estuvieron y escucharon, ya tendrán noticias de la envidia á que hago referencia.

—¿Pero ha visto usted?—habla uno encarándose con los demás.—¿Ha visto usted, Fulano? Acaba de establecer una zapatería en plena calle de Alcalá! ¡Escandaloso!... Mucho escaparate, mucha luz, zapatos de apariencia impecable... ¡Apariencia ¿eh? nada más que apariencia! ¡Y la gente acude al engaño! ¡Y los duros caen sobre el mostrador que es una delicia! Esto no se puede sufrir. ¡Hay que desenmascarar al farsante! Sus géneros son de lo peor. A más, cualquier día se declara en quiebra fraudulenta!... No debemos consentir el engaño! Son muchas pretensiones!...

—Cierto, cierto—gritan á coro los oyentes. Pues no son zapateros—como parece indicar su actitud—no son gente á quien las prosperidades del otro puedan perjudicar en su vanidad profesional ó en sus intereses.—Son señores que nada tienen que ver con la zapatería.

—¡Y ese autor!—hablan en otro corro—¡Qué barbaridad!... ¡Dos éxitos seguidos! ¡Y de los que producen!... ¡Es un abuso intolerable!... Lo que es en el estreno próximo llegarán los tacnazos más allá de las nubes...

Si uno se acerca á los furiosos y se permite preguntarles. «¿Son ustedes autores dramáticos?»—le contestarán: «No, señor».—Si usted exclama: «Pues, no siendo autores dramáticos, ¿qué les va ni les viene en que á X le aplaudan cien comedias seguidas? ¿Acrecerán ustedes en prestigio ó en renta con que á él le pateen una obra? ¿Tienen comedia en puerta y esperan á que desocupe la otra el cartel para que lo llene la suya?»—«No señor—exclamarán ellos.—¡Entonces!—dirá usted.»—«Entonces, —dirán ellos—y ahora, nos molesta que á X le aplaudan á diario. ¡Que le toque, como á cada quisque, su horrita de rabiar!».

Igual ocurre si se trata de un político, de un orador, de un pintor, de un músico... de cualquiera que, en cualquier orden de la actividad española, se alce, más ó menos momentáneamente, sobre sus hermanos geográficos.

En otros países el que lucha para despuntar en su oficio, sea éste el que sea, cuenta con el odio, con la competencia, con la envidia de los del gremio, pero está seguro de que los ajenos al gremio, el público, la masa, le aclamará cuando consiga la victoria y le sostendrá después del triunfo.

Entre nosotros no hay de qué. Somos el pueblo más antiguo en la práctica de la igualdad.

Cabeza que sobresale se corta, y hasta otra. Así vamos. Así iremos siempre por triste condición de la raza.

¿No os ha ocurrido alguna vez, yendo por la calle, deteneros ante una madre que rodea con sus brazos á un niño enteco, paliducho, de ojos quemados por la fiebre?

¿No os habéis acercado á la madre, preguntándole, á impulsos de generosa lástima: ¿Señora, qué tiene el chiquitín? ¿Por qué está tan pálido? Yo, sí me he acercado.

Y, después de hecha la pregunta, he obtenido la respuesta que sigue:

—¿Qué va á tener, señor? ¡Qué se muere de envidia!...

¡Si eso les ocurre á los niños!...

"DOÑA MARÍA DE PADILLA"

(Fragmento del acto tercero)

DOÑA MARÍA DE PADILLA *(Sola y abatida al pie de la imagen.)*

¡Piedad, piedad, Señor! ¿No le ha bastado
á tu rigor, las penas que he sufrido?
¡Tantos insultos como he devorado!
¡Tantas saetas como me han herido!
El vulgo vil escarneció mi nombre;
mi fama manchan la traición y el dolo...



Fotografía de D. Francisco Villaespesa, hecha en la Alhambra durante los días que ha pasado en Granada escribiendo su drama "Doña María de Padilla"

¿Que vos sufrísteis más?... Vos érais hombre, y además érais Dios... y yo soy sólo una débil mujer desamparada, que en su doliente y lacrimoso anhelo, á vuestros santos pies arrodillada lo que no halla en la tierra, pide al cielo! ¡Ayúdame, Señor, porque me falta la fuerza, y el cansancio me domina... Mi altiva frente que brilló tan alta hoy entre el polvo, de dolor se inclina! Pequé, Señor, pequé... Sueños livianos me apartaron de tí!... Tú eres testigo que viniendo el castigo de tus manos aceptaré gustosa tu castigo! Revolcándome en lecho de serpientes, retorciéndome en medio de las llamas, aún cuando crujan de terror mis dientes y ardan mis huesos como secas ramas, yo alabaré tu gloria justiciera, porque hambrienta de goces me he entregado con todo el cuerpo, y con el alma entera á los falsos deleites del pecado!

Con la justicia tu poder coronas...

Pero piensa, Señor, si tú que eres todo misericordia, no perdonas á los pobres mortales, ¿cómo quieres que ellos, que son salvajes como potros y vengativos como salteadores, dando al olvido agravios y rencores se perdonen los unos á los otros? Dale lepra á mi carne, al alma fuego; condéname al más bárbaro castigo, que tranquila á tus cóleras me entrego y en mi suplicio tu rigor bendigo! Pero salva este amor que tú encendiste dentro del corazón, para que fuera en las tinieblas de mi vida triste la única estrella que su luz me diera.

(Permanece un momento sollozando abrazada á la cruz.)

La insigne actriz María Guerrero en el último acto de "Doña María de Padilla"

FOT. SALAZAR



DIBUJO DE GAMONAL

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

Exíma escritora, á la que ha concedido S. M. recientemente la banda de María Luisa

CUENTOS ESPAÑOLES

LA SALVACIÓN DE DON CARMELO

Los que conocíamos á aquel párroco de Moráis, andábamos una miaja escandalizados de que continuase al frente de su parroquia. Y, en efecto (confirmando nuestra extrañeza, rayana en indignación), poco tardó en tener coadjutor *incapite*, quedando como un militar de reemplazo, y descargado de la cura de almas. Era el tal D. Carmelo una calamidad. Siempre á caballo por ferias y fiestas aldeanas, al ir no peligraba su equilibrio; pero al volver, parecía milagro verdadero que se tuviese en el tosco albardón, porque la gravedad es, según dicen, imperiosa ley natural, y el cura se inclinaba con exceso á uno y otro lado. Es fama que alguna vez rodó á la cuneta; pero no se hizo mal: hay estados en los cuales el cuerpo se vuelve de goma elástica. En estos regodeos campesinos, no suele andar sólo Baco. Naipes mugrientos le hacen competencia; D. Carmelo era capaz de jugarse hasta el alza cuello y el bonete. Así andaba de trampas y miseria; así muchos días no tuvo puchero, ni caldo de pote, aun cuando aseguran que el jarro nunca le faltó.

Por si todo ello fuese poco, aún reza la crónica que D. Carmelo daba en quimerista. Donde se armase, allí estaba el cura de Moráis, congelada la faz color berengena, chispeantes de cólera los ojos, y alzado el puño para sacudir sin duelo, con la valentía más fanfarrona, porque «donde estuviese él no campaba ningún guapo», y «cuando á él se le subía el vinagre á las narices, mejor era tener la fiesta en paz».

Tocante á otras flaquezas, que revelan lo mísero de la condición humana, se discutía y había partidarios de que en tal respecto D. Carmelo era fiel observante de sus votos; pero los que no le querían reconocer este mérito, dispusieron de un argumento poderoso, el día en que vieron en casa del Abad á un niño, por cierto precioso, de pocos meses, al cual D. Carmelo y su ama, Ramoniña, viejísima y cerril, atendieron á trompicones, dándole por una cuchara leche, vino, puches de maíz y sopa de pan.

El niño resistió á este régimen, señal infalible de robustez natural, y creció fuerte, travieso, lindo y crespito como un arbusto del monte, dando cada día más que decir, á las malas lenguas, porque nadie sabía quiénes eran sus padres, y ello allí había misterio, había intrínfulis.

—Entonces, el rapaz, encontrástele detrás de un tojo, ¿eh?—preguntaba maliciosamente el Arcipreste de Loiro, hombre de gran autoridad entre el clero diocesano.

Y D. Carmelo, que le veía venir, contestaba bruscamente.

—Hom, poco menos. Volvía yo de Estela, cuando aquello de los ejercicios, que nos encajó el Arzobispo, que así le encajen á él... ¡mala centella!... y tan cierto como Dios nos oye, iba fumando, bien distraído, y si pensaba era en que se hacía tarde, para llegar á la hora de la cena á mi casa. A más, empezaba á llover, y el jaco no tenía ganas de menearse; con tantos días como llevaba en la cuadra, se conoce que había criado crin en las junturas. Bueno, pues yo le daba con los tacones, con perdón, para meterle prisa, cuando se me ocurre: «Si tuviese una varita verde, no se reiría de mí este zorro». Y justamente veo á la izquierda de la carretera unos *vimios*, y salto á cortar una vara con la navaja, cuando oigo un llanto de chiquillo pequeño «cué, cué». Miro para todas partes, detrás de unas matas, ¡hom! allí estaba el rapaz, liado en mucha ropa, trapos viejos, y guiñapos colorados, que no se le veía la cara. Registro por allí, pensando que la madre no andaría lejos; doy voces, no acude alma de este mundo. Ando, arreo un cuarto de legua, preguntando en cada casa, con el rapaz debajo del capote, que se desgañaba. Nadie sabía nada: todos á hacerse cruces. En una casa me dieron por caridad una cunca de leche, y el mocosito bien que se la zampó. ¿Yo



qué había de hacer? Cargo con el chiquillo y me presento con él en casa. Ramoniña ¡una loba! Me quiso arañar, dijo que iba á tirar al *moneco* al pozo, como á las crías de la gata... ¡y ahora me quita de la boca el pan, para dárselo á él! Bueno, cosas de la vida, Arcipreste. Alguna salerosa—D. Carmelo llamaba así á las hembras alegres—que le estorbó el neno y lo soltó allí para que se muriera abandonado. Pero estaba de Dios que yo pasase...

A pesar de las detalladas circunstancias con que autentificaba su relato el cura, un guiño del Arcipreste á otros párrocos solía indicar que á perro viejo no hay tus tus, y que ya sabemos lo que pasa en este pícaro mundo...

La propia Ramoniña, el ama, tan gorda que parecía amasada con cebo, no tragaba la narración del encuentro del rapaz. Le creía «cosa de casa». Al principio D. Carmelo rechazó encolezado las sospechas, protestó, sacó por testigo á la Virgen y al mismo demonio. Después, se limitó á encogerse de hombros. El *moneco*, sin embargo, tenía gran parte de culpa en la severa decisión del Arzobispo, cuando puso coadjutor á aquel párroco tan censurado.

D. Carmelo se resignó. Ya ni se tomaba el trabajo de repetir él la historia. Cuando Ramoniña enseñó á Angel—así habían bautizado al *moneco*—á llamar hipócritamente al cura «señor tío», D. Carmelo, soltando unipegado, vocejó: —¡Arrea, llámame señor padre! Al fin te han de decir todos, mal rayo los coma, que eres mi hijo. Conque dales por el gusto.

El chico lo creyó de buena fe, y con la mayor sencillez decía «mi padre» sin notar las risas malévolas de los que le oían. Sin embargo, los niños crecen, y hasta en la aldea, se despabilan, se hacen listos, en especial si lo son por naturaleza, tanto como éste. La primera vez que Angel percibió la intención denigradora conque le preguntaban por «papáy»—tenía el rapaz sólo trece años—descargó tal puñada en las narices de su interlocutor, un presbítero joven, que le dejó temblando los dientes y la cara bañada en sangre.

Como D. Carmelo anduviese á cada paso más beodo y más pobre, el muchacho por su propia iniciativa, se dió á trabajar para mantenerle. No se sabe cómo aprendió el oficio de carpintero, además de los menesteres de la labranza. Con su jornal, labrando además el huerto, pudo alejar de la humilde rectoral la miseria, y desplegando una energía moral sorprendente, combatió el vicio, que, con la vejez, dominaba totalmente á D. Carmelo. Le ayudaron los ataques de goja que, sujetando al cura en un viejo sillón de baqueta, no le permitían buscar en ferias y tabernáculos satisfacción á su crónica sed. Ramoniña había muerto, de «juntársele las mantecas»

y la nueva criada, una moza brava y discolá como conejo de monte, fascinada, obedecía ciegamente al muchacho. Allí no entraba vino ni sus derivados, á pesar de las súplicas angustiosas de don Carmelo.

—Rapaza, véme por un chisco... Por el alma de quien te parió, ¡un chisquino nada más!

—No, hame de dispensar... No la voy...

Y el cura, efecto de este régimen riguroso, logró notable mejoría, hasta sentirse tan bien, que como quien se fuga de una cárcel, con precauciones de ladrón, logró burlar la vigilancia de Angel, aparejó el jacucho y se largó al funeral de D. Antonio Vicente Lajosa, un gran señor local, ricachón, muerto dos días antes. Ya se sabía: terminada la función religiosa, gran cuchipanda, festín fúnebre en la casa solariega, cuyas bodegas eran famosas por su cubaje magnífico, y su vino, el mejor de la comarca. Este corrió, no digamos que á raudales, pero sí á colmados jarros, y D. Carmelo, feliz, como hacía tiempo no se había sentido, fué estiviendo en su estómago la poderosa carga del cocido, cerdo, los pollos con azafrán, el bacalao guarnecido con

patatada y la carne con patatada también, que sazónaba el pimiento picante rabioso. Y como todos estos platos son ahogaderos y ponen la boca más seca que la de un can cuando corre, hubo que diluirlos en aquel bendito licor, reposado y frío en las grandes cubas, que no parece sino que cada vaso colmo llama por su compañero, con voces apremiantes, como si no pudiese valerse solito... Tal fué el desquite del cura de Moráis, que ni aún pudo, de sobremesa, atender á la partidilla que allí se armó. Los licores, el aguardiente servido con el café, le dieron el golpe de gracia. Angel, que acudió desolado, le tuvo que recoger y llevar, con ayuda de varios vecinos, en peso, á su casa. Al día siguiente, el médico soltó una porción de terminachos, que venían á resumirse en que el párroco no salía de aquella. Y se le sangró, y se le aplicaron revulsivos, como si se los pusiesen á un cepo. Murió sin recobrar el conocimiento, mientras Angel, deshaciéndose en amargas lágrimas, se negaba á creer en la realidad del triste caso.

Y aquí viene lo sobrenatural del cuento, señores. Algún reporter debió de entrevistar á San Pedro, pues de otro modo, parece difícil comprender cómo llegó lo que sigue á conocimiento de los mortales.

Es el caso, que el mísero cura de Moráis se presentó á las celestes puertas, cogido de la mano de un niño pequeño, envuelto en trapos viejos, colorados, que apenas se le veía la cara. —¿Tú aquí, calamidad?—refunfuñó San Pedro sonando entre hostil y picarescamente su manajo de llaves, recién bruñiditas.

—Yo, señor... Ya conozco que es atrevimiento. Hame de dispensar.

—¿Y con el arrapiezo te has venido?

—Sí, Apóstol... porque creo que ó aquí ó en ninguna parte se sabe la verdad, y que en el Cielo no me perjudicarán las calumnias de mis colegas. Hasta espero averiguar aquí quién fué la grandísima perra que soltó á este pequerucho cerca del arroyo para fastidiarme y quitarme el crédito. Es cosa de risa: cuanto malo hice en mi vida, no me costó los disgustos que esta única buena acción. No, como las cosas se hiciesen dos veces...

—Pues, Carmelo, yo te digo, que, si no te acompañase este monigote, á la puerta te me quedabas!

Oyendo las palabras del Santo portero, el niño tiró de la mano del cura y le empujó adentro... El se quedó fuera, y, con voz gorjeadora, exclamó:

—¡Hasta la vista, papáy!



NUESTRAS VISITAS
LA CONDESA DE PARDO BAZÁN



El coronel Cavalcanti admira á su suegra • Doña Emilia • Las mujeres votarían por que me ahorcaran • Dónde escribe la condesa • Su niñez • Leía el "Quijote" á los seis años • Las mujeres y los hombres • Cuando comenzó á escribir • Su primer novela y algo sobre las demás • Decadencia literaria • Mucho sobre el feminismo



Doña Emilia Pardo Bazán, en su gabinete de trabajo, escribiendo un artículo para "La Esfera"

PUEDE usted decir, «Caballero Audaz», que el más ferviente admirador de mi suegra soy yo—me dijo el caballero coronel Cavalcanti, al mismo tiempo que me ofrecía un cigarro.

—Pues entonces—agregué yo—entre sus numerosos devotos ya tiene usted aquí dos.

D.^a Emilia, que saboreaba su taza de te, iba á contestarnos; pero se adelantó la voz del marqués de Figueroa que, allá en uno de los ángulos del salón, conversaba con la anciana madre y con las hijas de D.^a Emilia.

—Caramba, no se olviden ustedes de mí—protestó.

—Ya somos tres, mamá—le dijo Cavalcanti al mismo tiempo que le daba unas palmaditas cariñosas en la espalda.

—Sí, ya lo veo: no participarán en igual medida las mujeres de esa admiración por mi modesta persona—contestó D.^a Emilia.

—¿Y eso?—inquirió Cavalcanti.

—Qué sé yo por qué será; pero tengo la evidencia de que si se hiciese un plebiscito para decidir ahorcarme ó no, la mayoría de las mujeres españolas votarían que ¡sí!

Esta apreciación pesimista de la ilustre escritora nos hizo reír.

Estábamos en la habitación donde escribe la condesa. Es un gran salón largo; D.^a Emilia no puede laborar en habitaciones pequeñas, porque dice que le falta la respiración, que se ahoga. En el centro de éste salón hay una enorme mesa salomónica y sobre ella, en el centro, una carpeña, un tintero, una papelera y un seca tintas de plata. Los demás muebles y vitrinas de la habitación, son severos y antiguos. La luz de la calle entra medrosa, tamizada por los cristales de colores de los balcones. En un ángulo, junto á la chimenea, arde una estufa de gas y su claror rosáceo y fantástico se va apoderando de la habitación poco á poco, á medida que huye la tarde.

La condesa de Pardo Bazán, sentada en un sillón frente al centro de la mesa, apura su taza de te; yo, á su lado, también doy sorbos á la mía. D.^a Emilia está muy constipada; de vez en cuando un golpe de tos corta la palabra en su garganta; entonces su cara pujada y sajónica se pone bermeja, sus cabellos plateados se desalían un poco y la enorme perla de calabaza que

pendiente de un hilillo de platino pende de su cuello carnoso, rebota y salta sobre su descote desnudo; pero vuelve á ser dueña de su palabra y continúa hablándonos con sugestiva simpatía; y en su charla castizamente castellana, se impone dominadora su luminosa imaginación de macho talentoso.

—Dígame usted, D.^a Emilia, cosas de su niñez.

—De mi niñez lo que le puedo decir á usted, es que á los seis años leía el *Quijote* asiduamente... Yo no recuerdo haber pasado en mi vida un día sin leer; y cuando por curiosidad lo indago preguntándole á mi madre, tampoco ella lo recuerda: puede ser que á los tres años leyese. De pequeña mi adoración era la *Biblia*.

—¿Usted fué hija única?

—Sí, señor, y es cosa rara, porque mis padres eran jóvenes y sanos, y sin embargo no tuvieron más hijo que yo. Mi pobre padre era muy feminista y me educó en una amplia libertad de conciencia: «Mira, hija mía—decíame muchas veces,—los hombres somos muy egoístas y si te dicen alguna vez que hay cosas que pueden hacer los hombres y las mujeres no, dí que es men-

fira, porque no puede haber dos morales para los dos sexos.»

—¿Cuántos años tiene usted?...

—Verá usted, nací en la Coruña el 16 de Septiembre de 1852.

—¿Estuvo usted en Galicia?...

—Hasta que me casé, á los quince años, y en seguida nos trasladamos á la Corte.

—¿A qué edad comenzó usted á escribir?

—¡Oh! Yo escribí versos desde muy niña; ahora bien, nunca me hice ilusiones de ser poeta, por que comprendía que mis versos eran muy malos; por eso después he resistido la tentación en que cayeron Valera y Marcelino y otros grandes prosistas, que sintieron el vértigo de la rima. Yo, á pesar de que Campoamor decía que «la prosa era la jerga animal del género humano», soy una enamorada de la prosa bella; me deleita tanto ó más leer una página del *Quijote* que un romance de Góngora ó una erófica de Villegas.

—¿Cuál fué la primera novela que publicó usted?

—*Pascual López*, la cual tuvo mucho éxito. Esto fué el año 76 al 77. Ya después hice otros libros, entre ellos *San Francisco de Asís*.

—Tiene usted muchos libros publicados?

—¡Oh, muchos! Creo que pasan de 60: la obra que mayor éxito ha tenido de todas ha sido *Los pazos de Ulloa*, que se ha traducido á diez ó doce idiomas, ¡hasta al rumano! Sin embargo, yo creo que la que está mejor hecha, artísticamente hablando, es *Bucólica*, y, sin embargo, no es la que más éxito ha tenido, á mi juicio; por ser una novela corta.

—¿Le ha producido á usted mucho la literatura?

—Verá usted: yo empecé á escribir seriamente y á cobrar, el año 86, hasta la actualidad hace unos treinta años; calculando todos los años, uno por más y otro por menos, á 15.000 pesetas, son unos 90.000 duros, que es el cálculo más aproximado.

—¿Quiénes han sido y son sus grandes amigos?...

—Por lo pronto Castelar que me quería como á una hermana; tuvo por mí una verdadera de-

voción; hasta el punto de que en su gran conferencia en la *Sorbona*, á la única pluma española que citó fué á la mía. Otro grande amigo que tuve fué D. Antonio Cánovas y su mujer; el duque de Rivas lo es en la actualidad y Galdós... Galdós y yo nos queremos mucho.

—¿Qué opina usted sobre el desenvolvimiento literario actual?...

Doña Emilia meditó unos breves momentos, después, repuso, al mismo tiempo que con los dedos jugueteaba con la perla:

—Mire usted, si nos detenemos á examinar fragmentariamente la producción no estamos en decadencia; ahora bien, la corriente general no tiene aquel brío que tenía en otras épocas. A mí algunos de los poetas modernos me gustan mucho; pero encuentro que ninguno hinca la personalidad, vamos, que no se diferencia grandemente. De prosistas hay una hornada buena; á mí me gustan mucho *Azorín*, Unamuno, Répide y algún otro.

—Ya—exclamé sonriendo,—la única pregunta que me resta y es la más interesante. ¿Qué opina usted sobre el feminismo?...

—Yo soy una radical feminista; creo que todos los derechos que tiene el hombre, debe tenerlos la mujer, se entiende todos los compatibles con su estructura física, y es más, creo que hay una relación directísima entre los derechos y privilegios concedidos á la mujer y el estado de cultura de las naciones. Este aserto, es muy fácil de demostrar, pues está al alcance de la inteligencia más miope, el observar que los países más adelantados en instrucción pública y en moralidad, son Suecia, Noruega, Dinamarca y Finlandia, y es donde la mujer se halla casi al nivel del hombre, donde hay diputadas y demás; en cambio en los países menos adelantados, es donde se considera á la mujer bestia de apetitos y carga. No tenemos más que volver los ojos á Marruecos. En España, dudo que en mucho tiempo se abran paso las corrientes feministas; sin embargo, si miro atrás, tengo que reconocer que hemos avanzado en este aspecto de la vida, porque yo he conocido los tiempos en que unánimemente de-

cíase que la mujer sólo debía de zurcir calcetines; hoy ya, si se piensa, por lo menos no se dice. Los hombres en España, alardean de aparecer siempre preocupados en el amor de las mujeres; y no puede haber mayor obstáculo que éste para que avance la mujer, porque mantiene el estado de guerra entre el macho y la hembra de los tiempos primitivos; para que la mujer adelantase aquí, sería necesario, en primer lugar, que ella quisiese, y, en segundo, que encontrase algún terreno preparado, alguna ayuda en el hombre también; y, sin embargo, hay que reconocer que los Gobiernos han hecho lo que han podido. Todas las mujeres que quieran estudiar, pueden asistir á las Universidades para seguir toda clase de carreras; pero lo que pasa, es que no van; y hasta hay un decreto de Burell, permitiendo á las mujeres ejercer todos los cargos del ministerio de Instrucción pública. No, no; en España no depende del Gobierno el estancamiento del feminismo, depende de las costumbres, que son encogidas, ñoñas; y aquí, donde ninguna mujer encuentra mal bailar un tango, por ejemplo, encontraría muy mal ir á las aulas universitarias á estudiar Lógica y Etica. Mi obra para abrir las puertas españolas al feminismo, ha sido solamente personal; dando el ejemplo de hacer todo aquello que puedo, de lo que está prohibido á la mujer. He tenido el gusto de ser la primera socia de número del Ateneo; la primera presidenta de la Sección de literatura; la primera y única mujer que ha sido profesora de la Escuela de estudios superiores, en el mismo Ateneo; el primer socio de número de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, y otros cargos más. No cabe duda, que si muchas mujeres siguieran mi ejemplo, el feminismo en España sería un hecho.

Calló D.^a Emilia... Una doncella mona y pizpireta, tocó la llave eléctrica y, en raudal, llegó la luz lastimando nuestra vista. Al lado de la estufa, seguían charloteando alegremente el coronel Cavalcanti y las hijas de D.^a Emilia...

EL CABALLERO AUDAZ



La condesa de Pardo Bazán tomando el te, con su madre y sus hijos

FOTS. SALAZAR



CARMENCITA

Cuadro de Sargent, existente en el Museo de Luxemburgo, de París. Heliograbado en colores, hecho por Sánchez Gerona para la Casa Piazza, de París

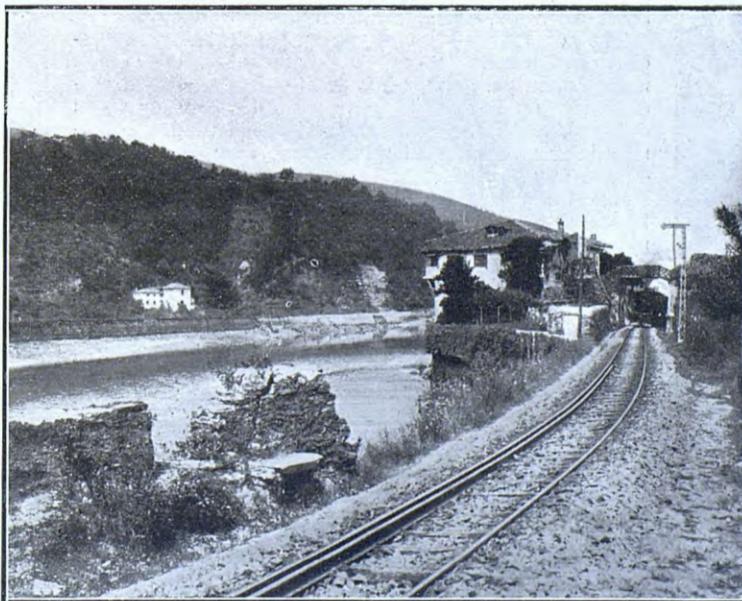


Una tarde de tormenta en la desembocadura del río Deva

FOTS. LÓPEZ BEAUBÉ

Á LAS ORILLAS DEL DEVA

¡Río Deva! ¡Río Deva!
 La dulce melancolía
 de que se impregnan tus aguas
 es algo que no se olvida.
 En tus quebrados cristales,
 espejos de verdes tintas,
 vaga el temblor de tus frondas
 y el oro de tus paviás,
 y la sombra de las nieblas
 dóciles y fugitivas,
 que alígeros escuadrones
 sobre el mar se precipitan.
 Quizá en tus remansos guardas,
 hurtándolos á las brisas,
 detalles inapreciados
 de belleza campesina;
 ya el reflejo de la casa
 donde amor rústico anida;
 ya el álamo centinela
 del pórtico de una ermita,
 en cuyos ámbitos zumba
 la tempestad, ó tranquila
 suena con pausas devotas
 la oración suave y sentida;
 ya el dibujo limpio y duro
 de la cobarde barquilla
 que teniendo el mar tan cerca
 sus turbias ondas evita.



Paisaje á las orillas del Deva, en Santander

¡Cuántas veces lleva el viento,
 rodando sobre tus linfas,
 la voz de los versolaris
 que en la alegre romería,
 en poético romance,
 se increpan y mortifican,
 con frases ágiles, llenas
 de salvaje poesía!
 ¡Cuántas veces á tus márgenes
 llegan sombras femeninas
 contemplando el rauda curso
 misterioso, en que derivan,
 con los perdidos amores,
 las memorias de otros días!
 Río de corriente plácida
 que engañado precipitas,
 ante los soberbios montes,
 tus aguas inofensivas,
 ignorando que las olas,
 encrespadas y bravías,
 te aguardan para batierte;
 para sorberte, te espían.
 ¡Río Deva! Río Deva!
 Tu dulce melancolía
 y tu silencio y tu calma
 es de lo que no se olvida.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SÁA

EL ALCAZAR DE SEVILLA



El atardecer en los jardines del Alcázar de Sevilla

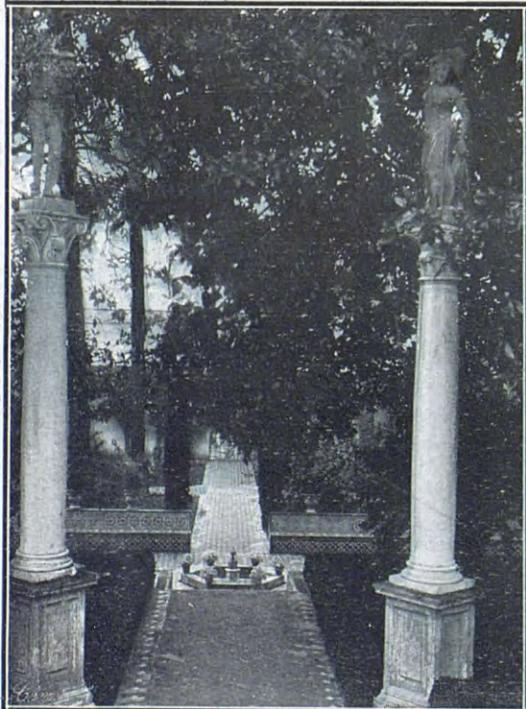
Cae la tarde con lentitud augusta. Las palmeras que yerguen en los jardines del Alcázar sevillano sus africanas gallardías, parecen dominadas por el sublime espectáculo del atardecer, y abandonan sus brazos con el desmayo de una mujer cautiva del amor. Todo en la hora solemne de estos magos crepúsculos, es misterio, poesía y quietud. El tesoro del silencio no lo quiebran los céfiros, ni lo altera el musitar de las frondas, con su lenguaje cabalístico. Hay una indescriptible majestad, en el momento, que conquista y subyuga. En los rectos caminos murados por los ebónibus, que guardan la riqueza de los vergeles,

donde levantan su imperio las rosas, se adivina algo inexplicable, que dice la fontana, que se mece en la brisa, que esculpe en los azulejos policromos de los bancos, con su golpeteo sordo, el áureo martillar de los gnomos pequeños, habitantes de los palacios encantados, que esconden las piedras preciosas en las hondas entrañas de la tierra...

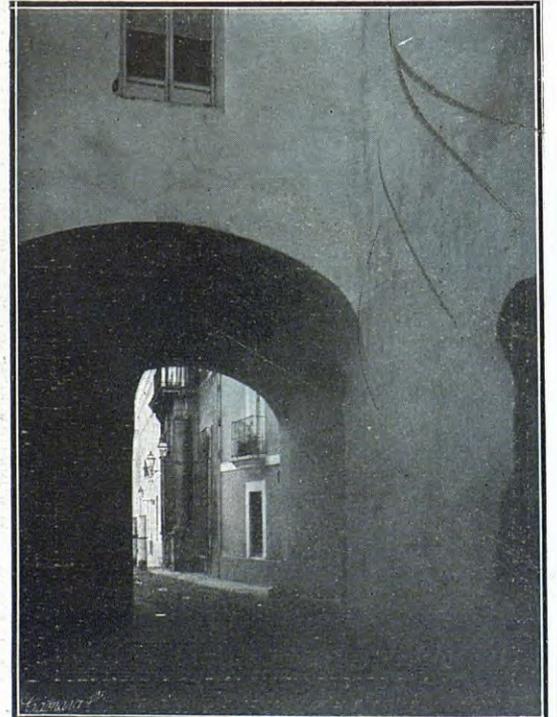
El ambiente propicio á la intimidad de las confidencias espirituales, es tierno, acariciador, como una mano femenina. Pasa á flor de la piel el aire sutil, produciendo un escalofrío de sensualidad, y de igual modo se adivina, por las espaciosas alamedas solitarias, la encarnación del misticismo, con su monjil de estameña y la albura de las tocas conventuales, ovalando el marfil de uu rostro virgíneo, que la blanca figura desenvuelta y mundana de una hija del pueblo, morena y ardiente, con el negro cabello enmarañado, y en rebeldía, sujeto por los broches rojos de los encendidos claveles, y el busto retador, preso entre encajes y batistas, palpitando bajo el airoso pañolito de talle.

También el amor, el santo amor que gusta del romanticismo y respira la pureza del ideal, tiene en estas benditas horas de evocaciones y en estos lindos lugares de melancolías, su soñado rincón. En él, bate durante los atardeceres bellos sus alas sedañas enjoyando las auras con su tenue polvillo de diamantes...

Por la tersa superficie cristalina de los estanques en reposo, asoman anchas libélulas y gruesos líquenes con los genios de las aguas; los últimos destellos solares amarillean en las hojas y besan con laxitud de moribundo las estatuas de mármol, gallardas sobre los rizados capiteles, y mientras hienden los aires las alas tembladoras de una paloma azul, vive en la fantasía la grácil silueta de una sultana pálida, paseando su languidez por las calles floridas del jardín, y estelando su camino con pétalos de rosa, como Ofelia...



Uno de los más pintorescos paseos de los jardines del Alcázar de Sevilla



Puerta del Patio de Banderas del Alcázar de Sevilla
FOTS. DE A. GONZÁLEZ NIETO



Cámara 11

LA FAVORITA

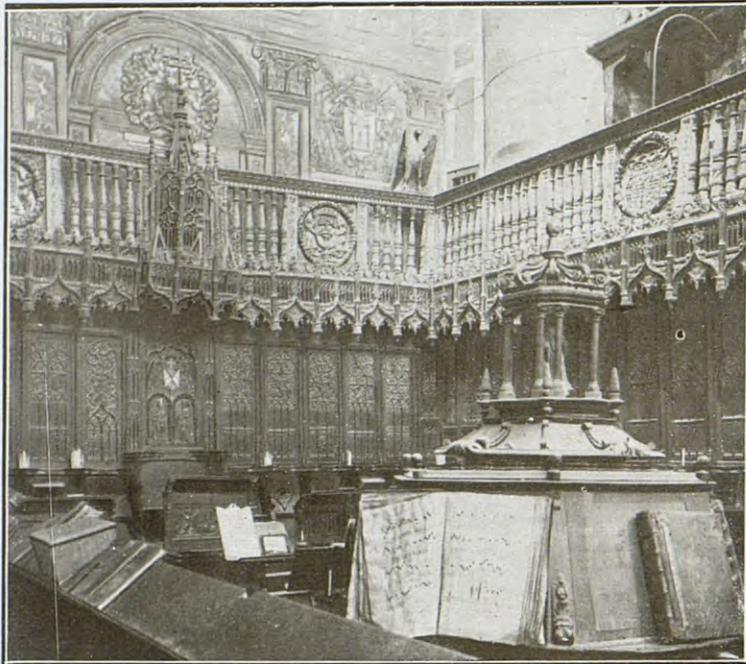
Fotografía de Antonio Prast



LA CATEDRAL DE SIGÜENZA



Torre del Santísimo



El coro de la Catedral de Sigüenza



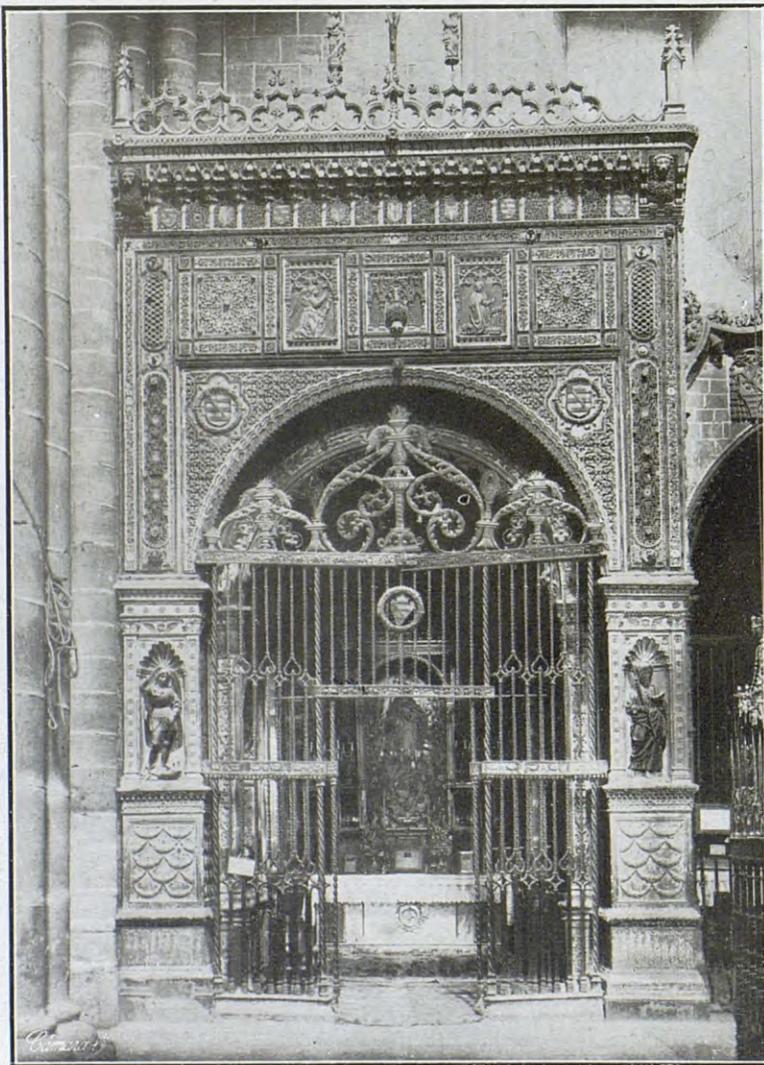
Puerta principal de la Catedral

Es una ciudad poco ó nada conocida del turismo, esta vieja Sigüenza, cuyos primeros sillares pusieran unos cuantos fugitivos de la destruida Sagunto. Y, sin embargo, ofrece, sobre todo su parte alta, que es la más vetusta, atractivos poderosos para el viajero, el arqueólogo y el artista. Su alcázar, de remotísima fecha, baluarte de la rebeldía de los Cerdas, sus calles de moruna traza, sus mansiones señoriales de renegrida fachada, y sobre todo su Catedral, son ejecutorias de una antigüedad venerable y plena de interés para el amador de cosas pasadas.

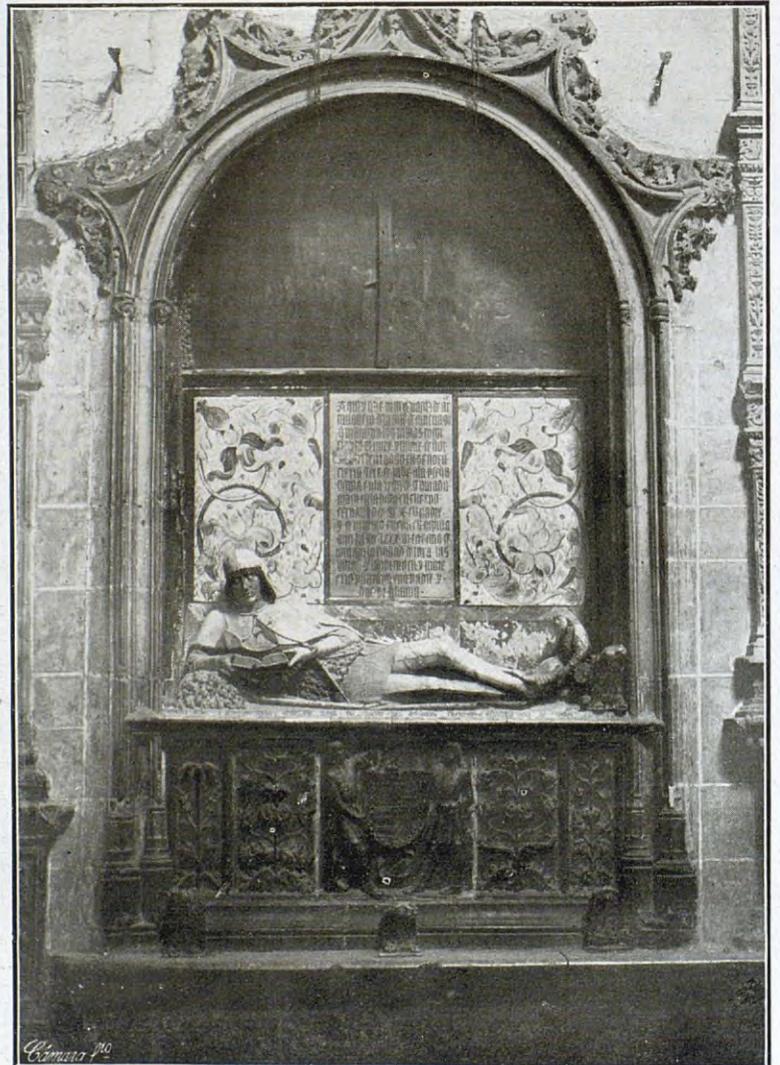
La Catedral, cuya construcción parece datar del siglo XII, es en verdad digna de una detenida visita; de estilo gótico, su fachada principal, de

labrada piedra, ofrece extraordinario mérito artístico, sobresaliendo entre sus magníficos detalles ornamentales, un precioso medallón, bajo relieve, representando la aparición de la Virgen á San Ildefonso. También predomina el estilo gótico en el interior del templo, constituido por tres naves que sostienen robustos pilares revestidos de columnitas, algunos á media altura engalanados con doble capitel, otros torneados y macizos, ceñidos de guirnaldas ó modillones. La

hermosos con que el arte religioso cuenta en España, posee monumental sillería, labrada con verdadero refinamiento ornamental, y entre sus capillas, y aparte la Mayor, cuyos dos púlpitos de alabastro son espléndida muestra de la munificencia del Cardenal Mendoza, son interesantísimas y de gran mérito, la de Santa Librada, patrona de Sigüenza, y en la que se veneran sus reliquias y la de Santa Catalina, antes dedicada á Santo Tomás de Cantorbery.



Capilla de la Concepción, de gran mérito artístico



Uno de los sepulcros existentes en la capilla de Santa Catalina

FOTS. LÓPEZ BEAUBÉ

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



Capilla de Santa Librada, de la Catedral de Sigüenza, cuyo retablo está considerado como una de las más valiosas obras del arte antiguo español

FOT. LOPEZ BEAUBÉ

LOS EXPLORADORES DEL POLO

El hombre del momento en Inglaterra y en el mundo científico es Sir Ernest Shackleton, que se dispone á emprender la arriesgada travesía del Continente Antártico, desde el mar de Ross al de Weddell, con objeto de explorar dicho país misterioso



SIR ERNEST SHACKLETON

La expedición transcontinental antártica, será la más extensa de cuantas se han emprendido á esa región del globo. Tendrá un recorrido total de 1.500 millas geográficas á través de un país enteramente inexplorado y sus principales objetivos serán de carácter geográfico. Shackleton desea resolver problemas que hubo de plantearse en su victoriosa jornada hacia el Polo Sur, en Mayo de 1909. Es uno de ellos averiguar si la gran meseta austral desciende gradualmente desde el Polo hacia el mar de Weddell; y el otro, de mayor interés geográfico y geológico, descubrir si la gran cordillera Victoria, próxima al Polo, se extiende á través del continente y se une con la cordillera de los Andes

UNA EXPEDICIÓN AL ANTÁRTICO



Equipo de la expedición de 1909, á bordo del "Nimrod".—De derecha á izquierda: Wild, Shackleton, Marshall y Adams, los cuatro jefes de la exploración

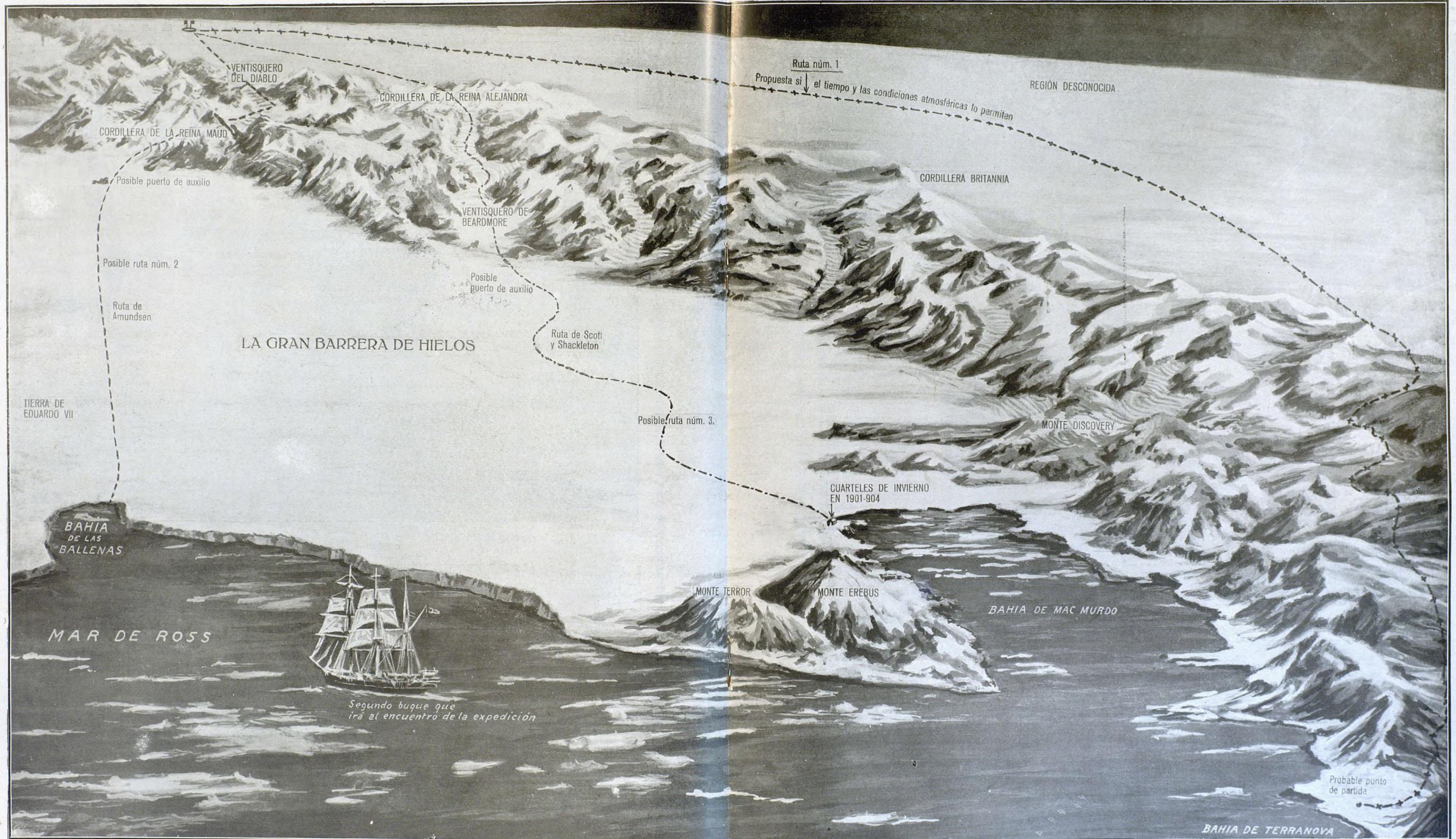
La interesantísima fotografía adjunta, en la que aparecen Sir Ernest Shackleton y sus tres denodados compañeros en la expedición al Polo Sur, realizada con tan brillantes resultados en 1907-1909, da una idea de lo que es el «bello país» en donde van á aventurarse de nuevo. La fotografía está tomada momentos después de dar por terminada la referida exploración y á bordo del *Nimrod*. Habiendo olvidado los viajeros á su partida hacia el Polo, incluir unas tijeras en la impedimenta—las navajas de afeitar no son de utilidad en aquellas latitudes, pues el filo se embota y no rasura la piel endurecida y recubierta de hielo—, tuvieron que resignarse á dejar que la barba y el pelo crecieran libremente durante los cuatro meses invertidos en su marcha hacia el Polo y regreso; y esto, que tratándose de otras latitudes hubiera sido una comodidad, con aquellas «deliciosas» temperaturas, representó el



El "Nimrod", buque de la expedición Shackleton de 1909, navegando entre hielos

mayor de los sufrimientos experimentados por Shackleton y sus compañeros. Al condensarse la respiración, se iba acumulando sobre la barba y extendiéndose en congelados hilillos que descendían al jersey, adhiriéndose por último fuertemente á la helada tela. El más leve movimiento de cabeza originaba entonces dolorosos tirones de barba constituyendo una verdadera operación quirúrgica cada vez que los héroes se veían obligados á desnudarse. El explorador Frank Wild acompaña ahora á Shackleton como segundo jefe. Es un incansable buscador de misterios polares; ya ha acompañado nada menos que tres exploraciones al Antártico. Estuvo con Scott desde 1901 á 1904; luego fué el más valeroso de los compañeros de Shackleton en su primera expedición de 1907 á 1909; y por último, siguió al intrépido Mawson, que partió hacia lo desconocido en 1911 y del cual no ha vuelto á tener aún noticias.

LA EXPEDICIÓN INGLESA AL POLO SUR



VISTA DIAGRAMÁTICA REPRESENTATIVA DE LA SEGUNDA PARTE DE LA EXPLORACIÓN, CONSIDERADA COMO LA MÁS IMPORTANTE

La vista está tomada desde el mar de Ross, ya bien conocido por todos los exploradores, tomándose como punto de referencia el vestisquero de Beardmore. Para asegurar el éxito de la expedición, ésta se dividirá en dos grupos. Mientras el primero realiza su viaje transcontinental á través de la meseta polar, otro grupo, compuesto de quince hombres, establecerá depósitos de viveres y puestos de auxilio á los flancos de la «gran barrera de hielos», con objeto de que en ningún momento puedan carecer los atrevidos exploradores de los medios indispensables de subsistencia en aquellas desoladas regiones y evitar un posible desastre

LA VIDA EN EL POLO SUR



En el corazón del Antártico: el punto más lejano al Sur del Polo, adonde llegó, el día 9 de Enero de 1909, el equipo dirigido por Shackleton

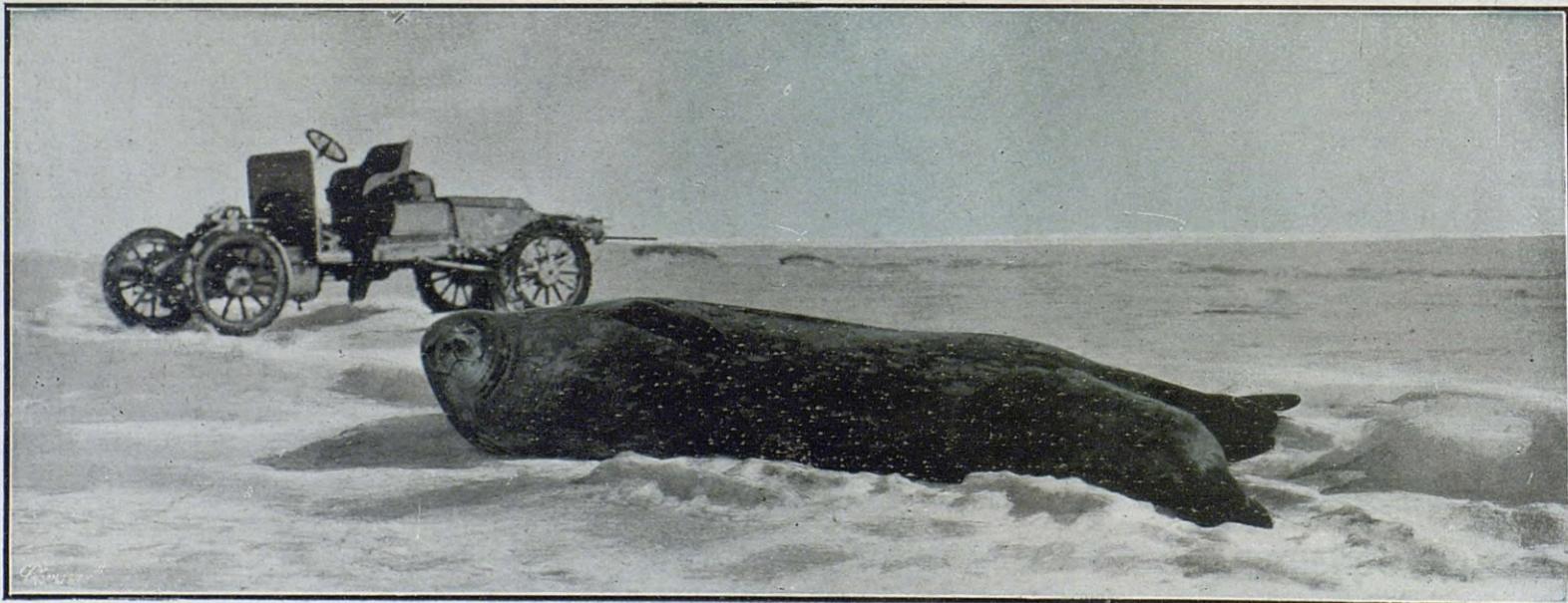
COMPONEN la presente plana algunas interesantes noticias relativas a la expedición que realizaron en 1907-1909, el insigne Shackleton, y sus esforzados compañeros Franck Wild, teniente Adams y Dr. Marshall. Una de ellas refiérese al lugar más avanzado (111 millas del Polo) á que hubieron de llegar los expedicionarios en su marcha hacia el Sur. Otro, verdadero *tour de force* fotográfico, muestra el famoso volcán antártico, Erebo, de 5.770 metros de altura, en plena erupción. La fotografía fué tomada á la luz de la luna con una exposición de diez minutos. En la vista diagramática que publicamos en otro lugar de este número aparece determinada, con toda claridad, la posición geográfica del referido volcán.

La expedición actual, como la de 1909, utilizará todas las recientes conquistas del hombre en materia de transportes, entre ellas el automóvil, el aeroplano y el *sledge* con mo-



El volcán Erebus, en erupción, en las regiones antárticas. Fotografía tomada á la luz de la luna, con diez minutos de exposición, el día 14 de Enero de 1908

tor de aire comprimido. Sobre todo del aeroplano espera obtener Shackleton excelentes servicios para ir estableciendo, á medida que avanzan los exploradores, depósitos previos de víveres y ropas. Este servicio ha de ser esencialísimo, pues en la presente expedición, por la forma en que ha de realizarse, no les será posible á los viajeros contar con los depósitos de abastecimiento en la forma acostumbrada en otras exploraciones. Shackleton y sus hombres, si nada anormal ocurre, no volverán jamás sobre sus pasos, sino que harán el recorrido siguiendo siempre una línea más ó menos recta á través del continente. El grupo que partirá del Mar de Ross, auxiliará sin embargo al grupo transcontinental, en cuanto le sea posible, estableciendo puestos de víveres en sitios convenientes de antemano, y que podrán verse señalados en el dibujo diagramático que esclarece esta información.

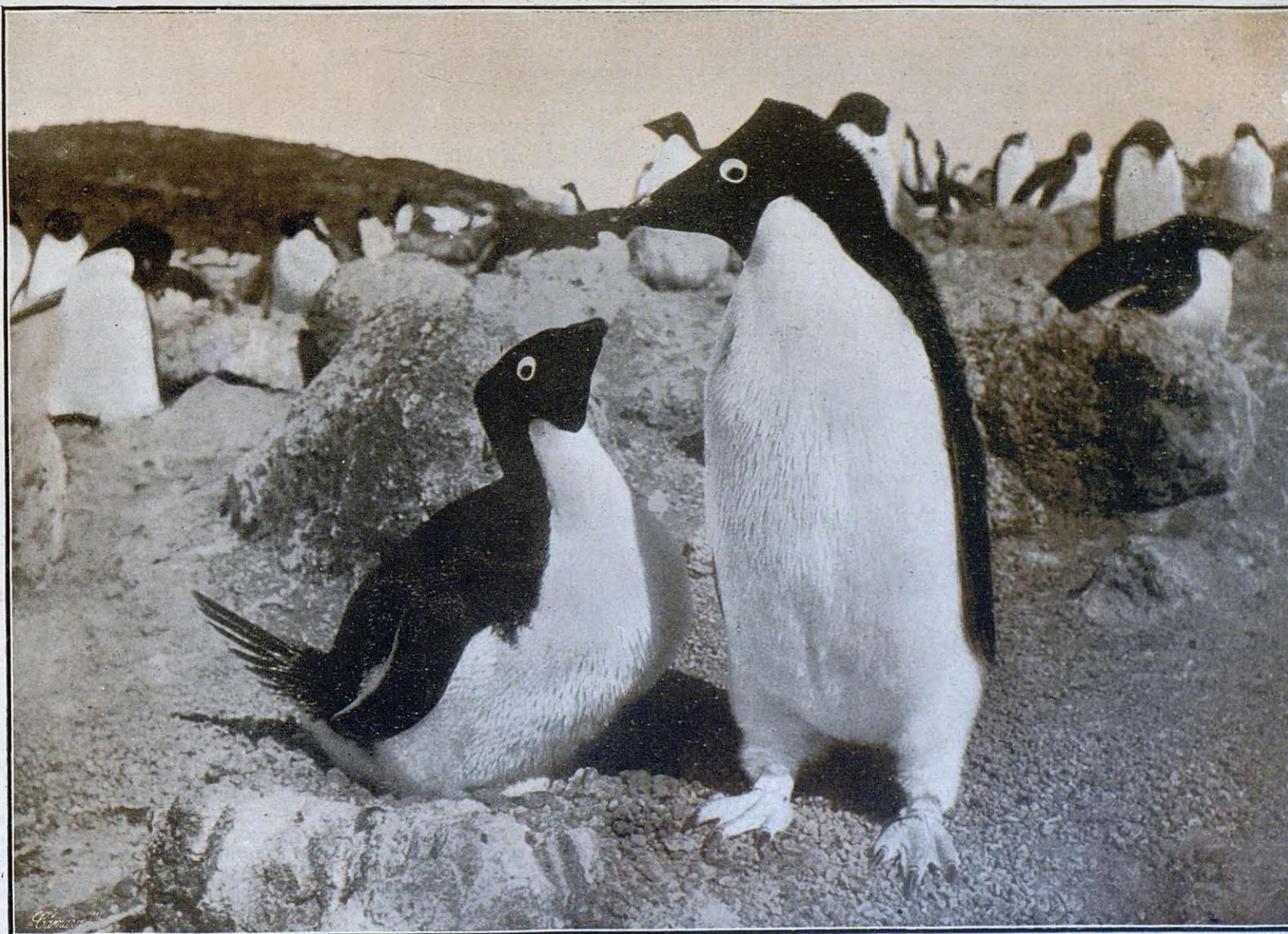


Una foca "civilizada" despreciando olímpicamente al automóvil de los expedicionarios

LA CIVILIZACIÓN EN EL POLO SUR



Un explorador dando un concierto de gramófono á los pingüinos, que son muy aficionados á la música



Dos hermosos ejemplares de pingüinos, macho y hembra
FOTOGRAFÍAS OBTENIDAS DURANTE LA EXPEDICIÓN SHACKLETON



Una escena de "Las golondrinas", drama lírico de los Sres. Martínez Sierra y maestro Usandizaga

Colombina, Pierrot y Polichinela han asomado de nuevo al teatro, y en el escenario de Price han asistido a la consagración definitiva de un extraordinario músico español, que, apenas asomado a los albores de la vida, ha conquistado un gran nombre y ha hecho nacer en su patria la esperanza de futuras glorias artísticas universales. Pierrot esta vez ha pulsado una lira de oro

Detalle de la pantomima de "Las golondrinas", que ha proporcionado al maestro Usandizaga un gran triunfo

CRÓNICA

TEATRAL

LA ESCENA PARISIENSE

Los numerosos acontecimientos de la temporada madrileña, no han podido desviar la atención de una escena que acaba de contrastar nuevamente los nombres de D'Annunzio, de Cúrel, de Richepin y de Bernard... Pero la exuberancia de nuestra producción dramática actual parece anularse, sin embargo, cuando nos encaramos con un teatro como éste, aunque percibamos solamente en él la presencia del talento, entre el esfuerzo insistente que busca, con tenacidad laudable, distintas fórmulas de arte.

Por lo pronto, el último estreno de Gabriel D'Annunzio nos advertía que el insigne poeta italiano no abandona el deseo de ingertar su alto temperamento en el propio espíritu francés. ¿Será ello un simple deseo de resonancia, con miras comerciales, entendiendo en esto del comercio la cotización admirativa, reconocidas las irradiaciones enormes del «boulevard»? ¿Será una ofrenda a la raza, un culto feruoso del corazón latino, irguiéndose sobre la separación convencional de los Estados? Acaso nos fuera permitido contestar afirmativamente a ambas preguntas leyendo *Le chevrefeuille*, este drama de tan breve vida en el tablado de la Porte Saint-Martin, que el autor debía amoldar más tarde a las exigencias de sus compatriotas.

En lo ofrecido al público francés existían, sin duda, evidentes afectaciones literarias. El asunto posee, no obstante, innegable grandeza. Atended. Aude, la protagonista, ha descubierto, al igual de Hamlet, que su padre pereció asesinado a manos de este padrastro al que odia, hombre siniestro aparecido como «una mala hierba» enroscada al árbol familiar. Porque Aude se entera también de que al pasado crimen ha sucedido otro nuevo, el adulterio con la esposa del hijastro, de aquel hermano de Aude, continuador del nombre de la casa. Y ella se nos mostrará como una de aquellas vengadoras implacables de la antigua tragedia y las escenas con su madre, ignorante todavía del delito primero, y con el propio padrastro irán dibujando la ruta de la catástrofe. La causa ocasional llegará con el conocimiento súbito que adquiere la madre de la defeción de su marido. Aquella mujer pudo disculpar, en su egoísmo de amante, un asesinato que hubo de hacerla viuda, pero los celos rugen rencores contra la infidelidad, y el puñal que Aude blandía ferozmente, es arrancado de sus manos por la ultrajada, quien al cortar la odiosa existencia del infiel, segará, al cabo, la «mala hierba». Contado así el drama d'annunziano, donde el propio personaje siniestro exhibe fondos de bondad, presentándose como simple juguete de un destino enemigo, posee evocaciones diversas que han de ennoblecerle con clásicas ejecutorias. Pero el cuidado de lo representativo, el anhelo de justificar el título, y hasta el ins-

tante en que el herido intenta, en vano, caer sobre la tumba de su amigo traicionado, debió parecerles a los parisienses habilidoso en extremo. Diríase, en conclusión, vistas las preocupaciones del autor en obra de tales violencias, que el ambiente francés había influido más de lo preciso en la sed de triunfo del gran escritor, perjudicándole ante los mismos espectadores, cuyo aplauso reclamaba.

¡La literatura! Ella, en el sentido de rebuscamiento externo, ha dominado en esta etapa. Ved ahora la conducta de Cúrel con *La danse devant le miroir*, drama íntimo y lacerante, surgido en el Nuevo Ambigú, como reflejo de la novela *L'Amour brode*. Esa obra sería rechazada por nuestros auditorios, con el dictado de falsa, desde las primeras escenas, altivas y desprovistas, eso sí, de concesiones, aunque la producción pretenda decirnos que el ideal, á fuerza de ser exaltado, logra convertirse en realidad. Pues esa es, desde luego, la historia de las civilizaciones, ó mejor, la ley que rige la evolución humana en su marcha secular hacia el progreso. Lo malo es, que la acción no hace más que pretender la demostración, sin conseguirlo. Sus dos amantes, no entrarán el uno en el espíritu del otro, sino que se mirarán únicamente a las pupilas, para sorprender como en un espejo, el carácter que suponen tener. Pablo creerá que Regina ha cometido una grave falta, y se propondrá «heróicamente» redimirla con el matrimonio, matándose acto seguido. Ella, por su parte, se considerará «heroína» también, porque obliga á casarse, sin escrúpulos de fortuna, á Pablo, inventando la terrible mentira de su deshonor. Cada uno se cree héroe y adivina un héroe ideal en el otro. La boda se celebra. Pablo, inquiriendo, descubre la verdad, esto es, la pureza absoluta de Regina, y el propósito suicida se borra, lógicamente. El «heroísmo» se fué. Regina, sin embargo, se dispone jubilosa á aceptar á Pablo como enamorado, ya que no como héroe; mas él, que ha vislumbrado el fugaz pensamiento en las pupilas de ella, recobrará el supuesto carácter, extrayendo velozmente su revólver y matándose... Convendría en que está pidiendo este drama extraño una ráfaga de aire puro y un rayo de luz de sol, capaces de barrer la enfermedad y las tinieblas. Y es que se trata de una obra «literaria», ante todo, en la que el insigne Cúrel quisiera prolongar la danza, no ante sus dos creaciones, sino ante la propia imaginación.

Pues añadid *Le Tango*, la linda comedia de Juan y Madame Richepin, que hacían asistir muy graciosamente á los juegos infantiles de un joven matrimonio principesco, especie de Dáfnis y Cloe, que al fin habían de hallar en el baile la revelación de la dormida sensualidad, y consecuentemente del amor. Todo esto es «literatura», bella literatura, poesía muchas veces, pero de escasas raigambres en la

vida. Y había de ser Gustavo Guillet con esa su *Rachel*, evocadora del período romántico, quien contrastara en el docto escenario del Odeon, el amor humano y el amor á la gloria, cuando los dos se debatían en el alma de una trágica, á la que alguien ha querido adjudicar semejanzas con Rifa Luna, la gran actriz española, tan magistralmente biografiada por Ismael Sánchez Esteban, ó habían de ser *Jeanne Doré*, ejemplo de generosidad fraternal y *Les deux canards*, sátira rebosante de *esprit*, obras originales de Tristan Bernard, las más aproximadas á la verdad.

En esta situación, quizá la más interesante haya sido la solemne inauguración del «Teatro idealista», ofreciendo á un público reverente é iniciado, el sexto acto inédito de *Le furie*, la tragedia simbólica de Julio Bois. Precedió, además, al espectáculo una conferencia de Camilo Flammarion, como si los organizadores hubieran pretendido que el astrónomo artista, elevase al auditorio, previamente, de la superficie prosaica del planeta.

Después de él, podía comenzar el nuevo cuadro de *Le furie*, cuyos cinco actos anteriores eran un magnífico ejemplo de tragedia moderna. La historia de Hércules, regresando á Tebas después de haber sufrido las pruebas durísimas de la iniciación depuradora, durante las cuales había sido víctima de la furia de sus pasiones y penetrado en las mansiones de la Muerte, exponía lo que le es posible realizar á la voluntad humana en el camino de la redención. Faltaba el sexto acto para completar el propósito. Hércules despierta, encontrándose sujeto y humillado, en previsión de nuevas fuerzas, y él que hubo de creerse en condiciones de transformar el mundo, se siente iluminado por una gran claridad que llegando al fondo de su espíritu le permitirá renacer, modestamente, á una vida nueva. Julio Bois, uniendo los mitos antiguos á las conturbaciones modernas, afirmaba la eternidad del ideal más allá de las herméticas regiones misteriosas. Y *La mort de Tintagiles*, luego, con la colaboración de la admirable Georgette Leblanc, y *Philista*, poema pastoril que habla del sacrificio de los sin amor á ese mismo amor que se les niega, cerraban dignamente el programa de la Sociedad idealista.

¿Y para qué hablar ahora de sucesos como el del teatro Réjane, por ejemplo, que ponía en escena una sola vez, cierta afortunada traducción del *Philoctetes* de Sófocles? Yo solamente deseaba recordaros, que, no obstante los errores, los tropiezos y las debilidades, todas las noches puede cruzar la Belleza la gran ciudad, yendo desde el Odeon á Antoine, desde la Comedia Francesa al tablado meritorio de la Obra.

LAS GRANDES FIGURAS DEL TEATRO



Sarah Bernhardt, que ha sido agraciada recientemente con la cruz de la Legión de Honor

FOT. CHUSSEAU FLAVIENS

De una fotografía hecha a la insigne actriz francesa el verano último, durante su estancia en Belle-Isle en Mer. Sarah Bernhardt está retirada acariciando a su perro favorito

DE LA VIDA DE SARAH BERNHARDT



UNA REPRESENTACIÓN EN UN PRESIDIO YANQUI

UN día recibí una carta que decía: «Señora: Somos seis condenados á muerte. Nuestro único deseo antes de morir, es verla y oirla. Tenga piedad de los que van á dejar este mundo; diga que sí y el director de la Cárcel solicitará oficialmente de usted, el cumplimiento de este deseo.»

Expontáneamente contesté que sí. La petición me fué hecha oficialmente y acepté.

Yo he visitado casi todas las prisiones de Europa. Me he estremecido de horror en los calabozos de la fortaleza Pedro y Pablo, de San Petersburgo, cuyas mazmorras están situadas al ras de la corriente del Neva y se inundan cuando hay crecida, con lo que el río evitaba antes al verdugo su siniestra tarea, siempre que en aquéllas se encerraban prisioneros políticos.

He visto las siniestras prisiones de España.

He visitado casi todas las prisiones de Francia, célebres por la ironía del lema grabado sobre la puerta de entrada: ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad! Y es necesario ver, como yo la he visto, la prisión de San Quintín, en California, para creer cómo es.

Está situada dicha prisión en una península encantadora.

El camino que á ella conduce, bordea una de las varias ensenadas de la bahía de San Francisco, y lo recorrí en automóvil, permaneciendo suspensa y maravillada durante todo el tiempo que duró el viaje hasta que llegué á San Quintín.

Rodea la prisión un extenso parque; las ventanas del edificio son grandes ojivas de

catedral, con rejas, es verdad, pero son unas rejas forjadas, finas y elegantes. Por todas partes hay mármoles; las flores hermosísimas, también abundan, y eso que estábamos en Febre-

ro cuando hice esta visita. En cuanto mi automóvil entró en el florido dominio de los penados, oí tocar la Marsellesa. Me puse de pie en el coche, y ví en un lindo kiosco de estilo Luis XV, una banda cuyos músicos vestían una especie de pijamas de franela blanca con rayas negras. Permanecí en pie mientras tocaron el himno nacional de mi patria, y cuando acabaron, dí las gracias á los músicos. El director de la orquesta—era un francés—avanzó algunos pasos hacia mí, cogió una de mis manos y la besó mientras yo le felicitaba por su delicadeza al tocar la Marsellesa. Luego, al demostrarle mi asombro por hallar un compatriota en aquel penal y músico por añadidura, me dijo con el tono más natural y más galante del mundo:

—¡Oh! Hay aquí toda una colonia de penados franceses...

Me dejé caer medio desfallecida sobre los cojines del coche y pensé:

—¡Luego todos estos caballeros de los trajes á rayas negras son penados, y esa es la orquesta del penal!...

Hago un frío saludo inclinando mi cabeza, al mismo tiempo que un estremecimiento de malestar sacude todo mi cuerpo. Enseguida pregunto al gobernador de la prisión, qué es lo que había hecho aquel director de orquesta.

—No es un gran criminal—me dice en inglés.—Ha cometido una estafa de cien mil dollars. Es un abogado.

Esto me tranquiliza hasta cierto punto, ya que no se trata de un asesino. El automóvil continúa su camino y se detiene ante un her-



Un condenado á muerte haciendo una fotografía á Sarah Bernhardt antes de la representación

moso pabellón donde están situadas las habitaciones del gobernador y de su familia. En ellas me visto y me caracterizo.

La esposa del gobernador es muy simpática. Habla de sus presos con cariño y emoción. En cuanto estoy dispuesta, vamos al presidio, en cuyo patio hay un teatrillo perfectamente arreglado. No falta ni un detalle. Yo, por mi parte, había enviado las decoraciones necesarias para representar «Una Nochebuena del Terror». No había luz eléctrica, pero un sol radiante la suplía con ventaja.

El golpe de vista era soberbio y verdaderamente único en su género. El amplio patio aparecía completamente lleno de bancos dispuestos en gradería. Y sentados en ellos, había hasta unos dos mil reclusos. Los vigilantes del penal, aparecían diseminados aquí y allá, mezclados entre aquéllos.

Al lado derecho del patio, hallábanse los seis condenados á muerte, rodeados de vigilantes. No sé quién me dijo, que dos de aquellos desdichados entrarían en capilla al día siguiente para ser ejecutados al otro. Uno, era griego; el otro, americano.

El primero había intentado suicidarse aquella mañana: estaba con la cabeza vendada y una extensa mancha de sangre se destacaba en la blancura del vendaje.

También había unas treinta reclusas; pero no llevaban uniforme alguno y cada cual vestía á su modo. Una de ellas me inspiró curiosidad: era muy elegante y muy guapa; rubia, fresca, con aire de extremada dulzura. Su delito consistía en haber degollado á una niña de cinco años, sobrina suya, para heredarla.

Al presentarme en el patio los hurras estallan por todas partes, mientras la orquesta vuelve á tocar la Marsellesa.

Me dispongo á subir la escalera que conduce al escenario y un penado joven me detiene y me enfoca con su cámara fotográfica. Representa tener este hombre unos veintiocho á treinta años, y es de rara belleza masculina.

—Y éste ¿qué ha hecho?—pregunto interesada por la estética que le adorna.

—Es otro condenado á muerte—me contestan.—Hace ya cinco meses que fué sentenciado, pero ha apelado y gracias á ello tiene lo menos otros dos ó tres años por delante. Su familia es muy rica. Mató á un íntimo amigo suyo para robarle 20.000 francos que le había ganado jugando al poker.

—Mire usted—añade mi acompañante señalándome otro hombre, también joven y muy elegante, que pasa á nuestro lado:—ese está sentenciado á muerte desde hace siete años y creo que todavía ganará unos cuantos más antes de la ejecución, gracias á los sutiles recursos que le ofrecen las leyes... Pero uno y otro acabarán por ser ahorcados...

—Lo que es á mí no me ahorcan—dice el de los siete años, acercándose á nuestro grupo—ó me libro de la horca ó me mato yo antes de que me ahorquen.

El gobernador contesta á la observación con un ligero encogimiento de hombros.

—¿Qué ha hecho éste?—pregunto al gobernador.

—¿Ese?... Ese es uno de los peores criminales que hay... Asesinó traidora y alevosamente en Klaudike á dos asociados suyos para quedarse con todo el oro que habían extraído de las minas. Es riquísimo, pero no escapará al castigo.

La función empezó, y he de confesar que el auditorio aquel de dos mil ladrones, falsarios ó asesinos, me causaba una impresión tal que obsesionado mi espíritu, durante toda la representación, hizo que ésta tuviera algunas deficiencias.

Delante de mí, estaba la orquesta; después, en

la primera fila, las mujeres. Allí estaba la rubia de que he hablado antes, con su aspecto de inocencia y de dulzura. A su lado había otra, morena, con un velo de encaje en la cabeza, cuyo delito consistía en haber cortado en pedacitos á su marido, y haberlos distribuido y expedido en diferentes paquetes postales, muy bien embalados, por el American Express.

Separada de las mujeres blancas que no permiten ni aún en el presidio que una mujer de color se siente con ellas ni cerca de ellas, una negra enorme y obesa, se reía á carcajadas con los chistes del sargento La Balafre, que era el papel cómico de la obra. En cambio observé luego que era la que más se emocionaba y conmovía cuando el conde Kersant, llorando, coge en brazos á su niñita enferma. También lloraba la negra. Yo vi, muy bien, cómo dos gruesas lágrimas resbaban por sus abultadas y oscuras mejillas.

Pregunté, cuando tuve ocasión, cuál era el de-

bien escrito y verdaderamente conmovedor. Su autor era un tal Ruef, preso en San Quintín por haber defraudado al Estado cinco millones de dollars, esto es, veinticinco millones de francos. Creo que este señor Ruef, ó ha extinguido ya su pena, ó va á ser indultado dentro de poco: no lo sé, lo que sí sé es que en San Francisco le preparan un banquete colosal, al que asistirán todas las personas notables de la población, y se espera que nuevamente le confiarán los negocios del Estado, pues nunca estuvieron más prósperos que bajo su administración, á pesar del robo de los cinco millones.

En el discurso de este personaje había la siguiente frase, que se explica, porque mi hijo Mauricio Bernhardt es uno de los autores de la obra que acabábamos de representar:

«... ¡Señora!... Su hijo constituye un orgullo para usted! ¡Nosotros, también hemos sido el orgullo de nuestras madres!...»

Y los dos mil reclusos aplaudieron estrepitosamente, mientras yo me estremecía y me preguntaba si estaba soñando...

A continuación visité todo el presidio.

Es un palacio, con su magnífico refectorio; las celdas son pequeñas y deliciosas ciertamente; hay salas de baño, piscinas, duchas frías y calientes, de agua dulce y del mar, biblioteca, de todo, en una palabra y aseguro que no exagero en todo cuanto digo.

En la cocina, que es soberbia, me acuerdo de un detalle que me llamó la atención: un pinche estaba quitando cuidadosamente los nervios á una porción de filetes.

—Esto es para el almuerzo de los condenados á muerte—me dijo en voz baja otro de los pinches.

El penado que me enseñaba el establecimiento y me servía de *cicerone* era un coloso rubio, polaco de nacionalidad y de cara juvenil. Cuando llegamos al lugar en que se hacen las ejecuciones me dijo en correcto francés:

—Mire usted la cuerda. El nudo este se coloca en la nuca y cuando cae la trampa, parte la columna vertebral y el cuello del ajusticiado queda reducido al grueso de la muñeca de usted. Yo he estado condenado á muerte, pero me indultaron: de otro modo me hubiera tenido que poner esta capucha negra en la cara y luego estarme de pie nada más que un momentito sobre la trampa y... san se acabó.

Quiso á continuación hacer funcionar la trampa, pero me opuse; me bastaba con todo lo anterior. Entonces se quitó la capucha que se había echado por la cabeza, y la tiró diciendo:

—Después de usadas una vez, se queman.

Hice un gesto de asombro...

—Sí, sí—añadió;—cada capucha no se utiliza más que una vez. ¡Naturalmente! Figúrese usted que uno de los ajusticiados tuviera una enfermedad contagiosa. Pues se le pegaría al que viniera detrás.

Y se alejó, después de hacerme un saludo ceremonioso.

Salí del penal en medio de hurras y aplausos. Me hallaba en un estado moral que me es imposible definir. Fui derecha al teatro de San Francisco, donde una hora después tenía que representar la misma obra.

Durante el camino, danzaron en mi imaginación, en el extremo de una cuerda colgada del techo, reos, fotógrafos, niños..., una cabeza rubia de mujer, envuelta en un pijama de rayas negras... y luego todo desapareció de repente.

Finalmente dí un salto y lancé un grito, porque una mano invisible me sujetaba y quería hacerme tomar una ducha en el baño del presidio.

Llovía á torrentes.

Mis compañeros habían respetado mi cansancio y se apresuraban á cerrar la capota del auto.

SARAH BERNHARDT



Un reo leyendo un discurso de gratitud á la Insigne trágica francesa, después de la representación

lito de la negra, y me dijeron que había sido condenada á perpetuidad por haber matado á su marido, á un hijo mayor, á dos hijas suyas también, muy pequeñas, y á la nodriza de una de ellas y que los había matado con un furor salvaje, sin precedentes. No la habían condenado á muerte porque la ley, en América, no aplica esta pena á las mujeres, en lo que, á juicio mío, son los americanos más lógicos que los franceses, pues ya que á la mujer no se la reconocen ni los mismos derechos ni las mismas responsabilidades que á los hombres, tampoco debe aplicárseles las mismas penas.

Después de la representación, uno de los presos, pulcrrimamente afeitado, con las botas muy bien lustradas y con su pañuelo de seda de color de malva, asomando coquetamente en el bolsillo del pijama rayado, me leyó, primero en inglés y luego en francés, un discurso muy



La moda femenina. Los sombreros de Primavera

Viene la moda primaveral tan múltiple de hechuras y tan rica en fantasías, que es casi imposible señalar una norma ni marcar una determinada orientación. Ya tuve el gusto de deciros en mi impresión de la semana pasada, y también en algunas que le precedieron, cómo iba limitándose el uso del sombrero y cuáles eran las formas más llamadas a imperar en la próxima estación de las flores y de los proyectos dorados. Pues los modelos de que os hablé se han enriquecido con nuevas formas que reúnen gracia y picardía en la confección y que, entrándose capciosamente en el terreno enemigo, se ciñen á la cabeza, apareciendo más bien que como un sombrero seguro de su atractivo, como un adorno

que ayuda á procurar un bonito conjunto. Persistiendo en la idea plausible de no ocultar á la mirada curiosa la más ligera perfección del rostro, siguen siendo descaraditas las formas y predominan las alas pequeñas, y cuando no lo son, van recogidas airosamente para arriba, plegadas sobre la copa, como en un vuelo de ilusión. Las lectoras de caras bonitas están de enhorabuena. Bien es verdad que las dotadas por Dios de estas perfecciones, no encuentran moda exótica ni invención desagradable, por extraña que parezca. ¡Para las menos afortunadas físicamente hay que poner á contribución la idea, con el fin de dejar cautivos entre las redes del arte la esquivez de los corazones masculinos.



LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



CÁMARA

CREPÚSCULO, por Dhoy



LA TRISTEZA DE CHAMBERLAIN

HACE algún tiempo, merced á un ardid parlamentario, se creyó en un cambio de gobierno en Inglaterra; y los utopistas fracasados y condecorados de la Haya tuvieron otra ocasión de inquietud. ¿Cómo hubiera caído sobre el volcán flamígero de Oriente el triunfo del partido que sintetiza su política exterior en la fórmula: «construiremos dos navíos por cada uno que construya la más poderosa potencia»? He aquí una terrible interrogación cuyo emblema sería el bigote del Kaiser mejor que el heráldico cisne; he aquí una terrible interrogación á la que á pesar de la impunidad de los augurios fallidos, no intentan responder las líneas que siguen.

Desde su sillón de paralítico, Chamberlain debió conmovirse con ese relámpago de esperanza. Desde hace tiempo, el Destino pone sobre Chamberlain el rigor de un gran castigo ó de una gran injusticia. La aceleración de encubramientos, la sucesión de nuevos problemas, han tendido sobre él un cendal de olvido. Vive, y ya parece un hombre del pasado. Cuando se le cita, hay que hacer notar que no se trata de su hijo, quien ha estado á punto de lograr, sin otro mérito que el de llevar su nombre, lo que él mismo no pudo conseguir: la jefatura del partido unionista. Y al fin para dar nombre á la actitud que desde hace años la prensa y el pueblo inglés le impusieron, J. Chamberlain ha anunciado que se retira de la política. Aquí, en su residencia de Birmingham, en su jardín, donde las orquídeas se marchitan en vano, nostálgicas de aquel ojal que las mostraron á la admiración del mundo, poderoso y encadenado como un Prometeo, he visto sonreír á Chamberlain con sonrisa más cercana al rictus que á la risa. ¿Qué lenitivo puede constituir para la herida de una ambición truncada, el cariño de la ciudad que tanto le debe? Birmingham reverencia á Chamberlain. Mas un cariño en el cual hay algo de piedad, debe avivar el sufrimiento del hombre que se creyó marcado por un destino de dominio; y la fidelidad local de su rincón, parecerá bien poca cosa á quien soñó un mundo protornado. Stéphane Mallarmé proyectaba escribir una novela de aventuras en la cual el protagonista fuera un paralítico; aquí está el héroe; aquí, en este sillón que por entre las filas de orquídeas arrastra un criado de librea, está el hombre que á no caer, hubiera podido jugarse en su aventura la suerte de toda una civilización. Los hechos tienen por razón suprema de existencia, la de haber existido, pero ¿cómo sustraerse á la tentación de trastornar las causas y las personas que le sirvieron de columnas, de suponer lo que hubiera podido pasar? Hace poco tiempo, en un discurso memorable, milagro de energía y prudencia, Sir Edward Grey, tuvo en sus labios, como antaño en su toga el senador romano, la paz del mundo con motivo de una pregunta del gobierno alemán. Y bien ¿cuáles hubieran sido esas palabras pronunciadas por Chamberlain?...

Fué la encarnación del imperialismo; siendo sólo oficialmente ministro de Colonias, su figura eclipsaba á la del sesudo Balfour; su nombre tenía una consonancia ideal con la palabra Britania; y los soberbios poemas de *A song of the english* parecían escritos para florecer en sus labios. Tal vez porque ningún hombre por grande que sea puede soportar



Residencia de Chamberlain en Birmingham, donde posee su famoso jardín de orquídeas

mucho tiempo el ideal de un pueblo, Chamberlain fué en la política inglesa una estrella fugaz. Amó el poder. Amó la gloria desmedidamente; no queriendo aguardar fué al encuentro de fortunas que prefieren solicitar á ser solicitadas. Y viejo y eclipsado, Chamberlain vió la jefatura del partido unionista renunciada por Balfour, fluctuar entre tres hombres en quienes jamás pensó, hallar émulos: su hijo Austin, Walter Long y Bonar Law.

Los que creyeron á Chamberlain «prodigioso ingerto de vida y escultura», concebirán difícilmente un carrito de inválido para pedestal. Y sin

embargo, ahora es cuando en esta faz, antes impasible, hay algo escultórico: el eterno gesto de la desilusión. Todo ha sido cruel en Chamberlain: encubramiento y caída. Desde que se separó de Gladstone, sus pasos dejaron siempre una huella de dolor. ¿Recordaremos la guerra del Transvaal, basada según muchos sobre algunos yacimientos de oro? Sangre, voces airadas, gritos de entusiasmo y gemidos, cantos imperialistas de Kipling (todo dolor), besaron el pedestal del héroe. Albión reivindicaba en él la teoría de Carlyle, y á los que osaban como Lloyd George y John Burns, hablar contra la acción de Chamberlain, les respondía el clamor de un pueblo, que olvidaba sus muertos, para ensalzar al que los hacía sucumbir con gloria, sin pararse á ver si la gloria y la justicia iban por distintos caminos. Apenas si el travieso «Punch» publicaba caricaturas, desvirtuadas por el incienso de una adulación encubierta; apenas si el poco inglés (á pesar de su nombre) «John Bull», ponía en el semidiós las flechas de su sátira descocada. Y sólo en secreto, muy en secreto, como se dicen aquí las cosas graves y muchas que no son, susurrábase que el héroe y el hombre, se disasociaban con desventaja de este último, mostrándole hasta tal punto codicioso, que había disputado á su propio hijo una mujer rica, con la que casó al cabo, realizando así el tercer matrimonio ventajoso.

Quizás después que la tensión europea cese, el partido liberal caiga, dejando el poder á los unionistas; esto, no es profecía. De todos modos, sólo el amago de crisis habrá encendido en el corazón de Chamberlain la llama del dolor; su ocaso en Inglaterra es irrevocable; nada podrá traer una nueva aurora. Y su ocaso, no es sólo producto de esa estulticia de la masa, donde, según Williams James, reposa la grandeza del pueblo inglés; en cualquier otro pueblo, le hubiera ocurrido lo mismo. Con ser tan menguado y débil el hombre, se siente la necesidad de verlo erguido cuando quiere ser dominador... Aunque á veces el deseo lo engañe, Chamberlain sabe que para su ensueño no habrá ya nunca tiempo propicio; podrán otros hombres realizarlo, pero su nombre no irá ya unido á la epopeya. Por eso, en la faz que antes era impasible, hay ahora una sonrisa, y quién sabe, en la soledad, tras el monóculo jactancioso, la azul pupila tenga humedad de llanto... Y si en esa soledad, al pasear por su jardín de orquídeas, las flores, siguiendo el ejemplo de aquellos árboles que increparon á Brand, de regreso de sus lares, reprochan á Chamberlain, y una le dice: «Yo me he abierto en el día marcado. ¿Te acuerdas? Soy yo la que debías de llevar en el ojal, el día que el ultimatum se firmara»; y otra: «Héme aquí casi marchita ya. ¿No era yo la que debía tenderme bajo tu busto, sobre aquel plan de batalla?»; y otra: «De la tierra y el rocío, he tomado cuanto pudiera hacerme bella, para lucir esplendorosamente sobre tu frac, el día de la proclamación del triunfo. ¿Serás capaz de vulnerar nuestro pacto?...» A la pregunta unánime de las flores, bastará con que, mostrando las piernas para siempre inmóviles, Chamberlain responda con una sola palabra: Dios.

ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ
Birmingham, 1914.



CHAMBERLAIN

LA ESFERA

ARTISTAS DE ÓPERA

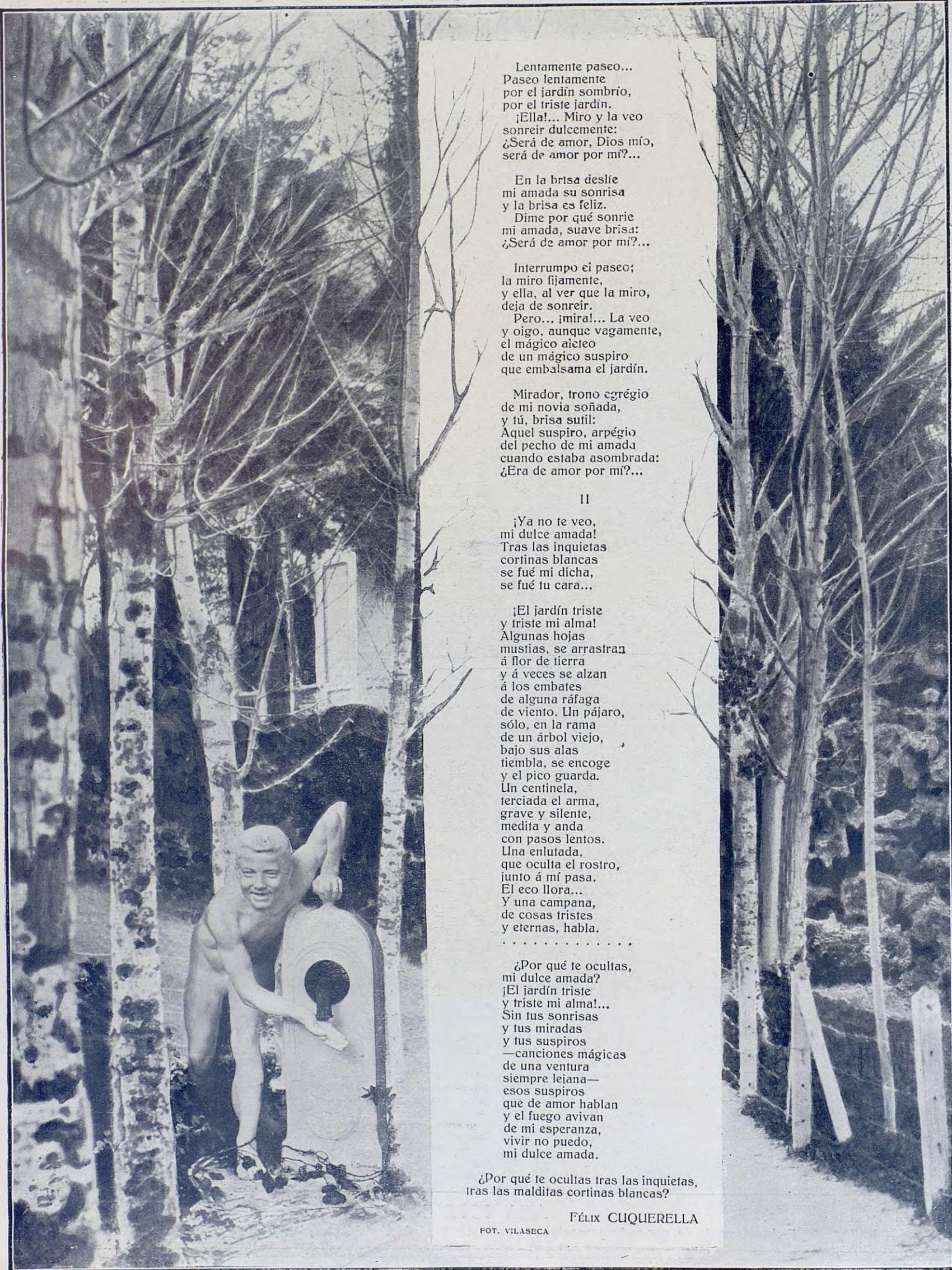


CÁMARA

ANA FITZIU

Eminente cantante, que se ha presentado en el Teatro Real, de Madrid, obteniendo un gran éxito

ALMA DOLIENTE



Lentamente paseo...
Paseo lentamente
por el jardín sombrío,
por el triste jardín.
¡Ella!... Miro y la veo
sonreír dulcemente:
¿Será de amor, Dios mío,
será de amor por mí?...

En la brisa deslíe
mi amada su sonrisa
y la brisa es feliz.
Dime por qué sonríe
mi amada, suave brisa:
¿Será de amor por mí?...

Interrumpo el paseo;
la miro fijamente,
y ella, al ver que la miro,
deja de sonreír.
Pero... ¡mira!... La veo
y oigo, aunque vagamente,
el mágico aleteo
de un mágico suspiro
que embalsama el jardín.

Mirador, trono egrégio
de mi novia soñada,
y tú, brisa sutil:
Aquel suspiro, arpeggio
del pecho de mi amada
cuando estaba asombrada:
¿Era de amor por mí?...

II

¡Ya no te veo,
mi dulce amada!
Tras las inquietas
cortinas blancas
se fué mi dicha,
se fué tu cara...

¡El jardín triste
y triste mi alma!
Algunas hojas
mustias, se arrastran
á flor de tierra
y á veces se alzan
á los embates
de alguna ráfaga
de viento. Un pájaro,
sólo, en la rama
de un árbol viejo,
bajo sus alas
tiembla, se encoge
y el pico guarda.
Un centinela,
terciada el arma,
grave y silente,
medita y anda
con pasos lentos.
Una enlutada,
que oculta el rostro,
junto á mí pasa.
El eco llora...
Y una campana,
de cosas tristes
y eternas, habla.

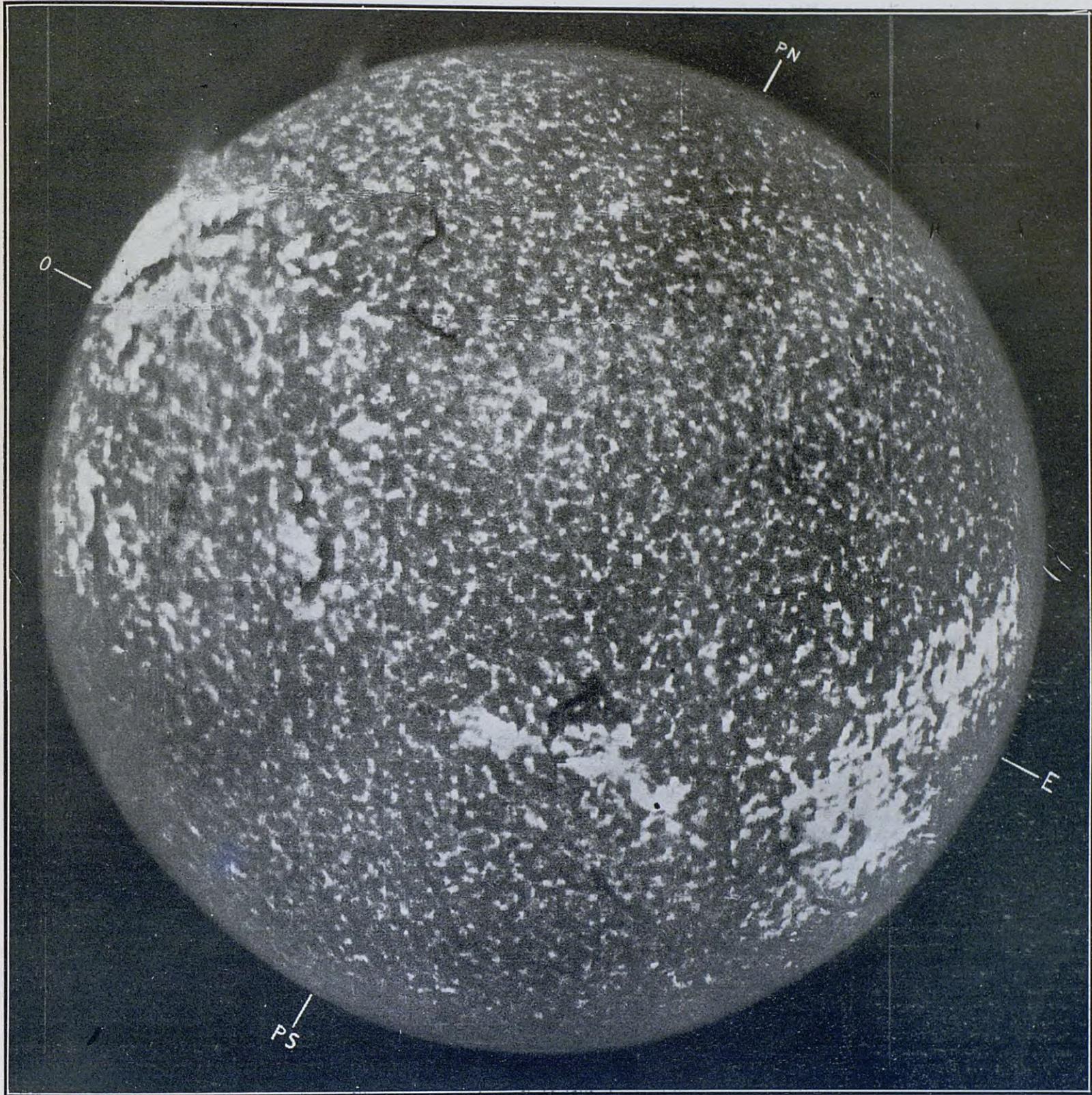
.....
¿Por qué te ocultas,
mi dulce amada?
¡El jardín triste
y triste mi alma!...
Sin tus sonrisas
y tus miradas
y tus suspiros
—canciones mágicas
de una ventura
siempre lejana—
esos suspiros
que de amor hablan
y el fuego avivan
de mi esperanza,
vivir no puedo,
mi dulce amada.

¿Por qué te ocultas tras las inquietas,
tras las malditas cortinas blancas?

FÉLIX CUQUERELLA

FOT. VILASECA

PROGRESOS ASTRONÓMICOS LA FOTOGRAFÍA DEL SOL



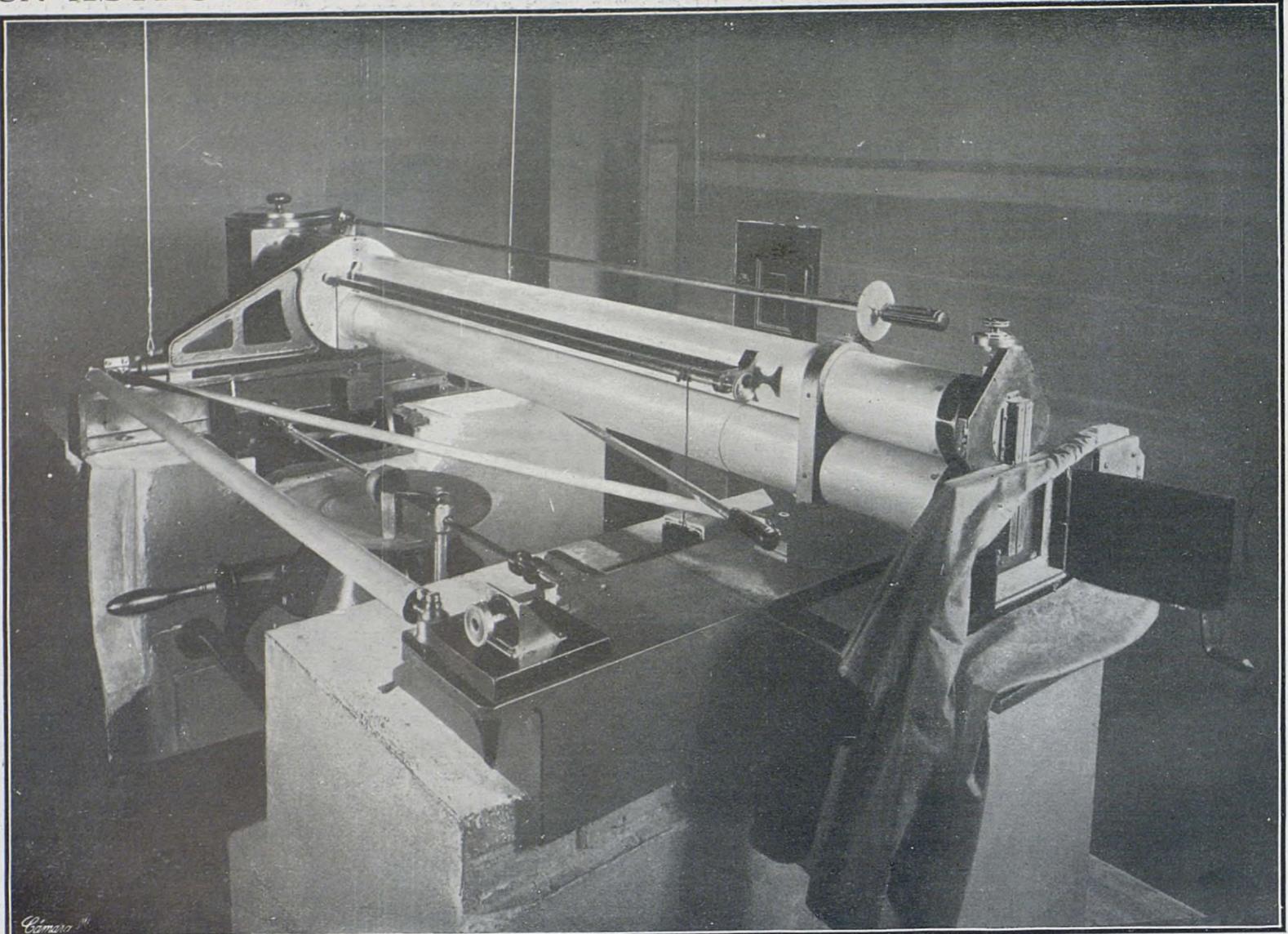
Fotografía del Sol, obtenida con el espectroheliógrafo, usando la luz del calcio (K_3). Todos los puntos ó porciones blancas son masas de calcio, en estado de vapor incandescente, que flotan en la atmósfera solar. Esas porciones blancas llevan el nombre de flóculos y en esta fotografía son abundantísimos. Se destacan principalmente tres regiones de flóculos inmensos; dos en los bordes de la imagen ó muy cerca de ellos, sobre el ecuador solar, y otra intermedia, más próxima al borde oriental (derecha del lector). Para formarse idea de la magnitud de esos fenómenos bastará saber que el diámetro de la imagen representa el diámetro del Sol, el cual mide 1.294.260 kilómetros, y que se ve en proyección, por lo cual para obtener el verdadero valor hay que multiplicar, en este caso, y dada la distancia al centro, lo que da la medida sobre la imagen, por el número 3.

Sobre otra fotografía obtenida, por ejemplo, una hora después, se

encuentran los mismos flóculos, pero ya en posición distinta, lo cual permite estudiar con toda precisión, el movimiento de rotación del Sol y los movimientos propios de los flóculos. En algunos de éstos se han encontrado velocidades de más de 200 kilómetros por segundo de tiempo! Ha de tenerse presente que en la Tierra, en el huracán más violento y destructor, el aire tiene unos 45 á 50 metros de velocidad por segundo. Esto demuestra que la atmósfera solar está agitada por corrientes que son 4.000 veces más fuertes y violentas que el más formidable de nuestros huracanes.

En el borde de esta misma fotografía, obtenida en el Observatorio de Madrid, se ven dos proluberancias (parte occidental) que á pesar de su aparente pequeñez no miden menos de 40.000 kilómetros de altura, es decir, la suficiente para dar una vuelta completa á todo nuestro mundo, pasando por los polos.

HABLANDO CON UN ASTRÓNOMO **◇ CÓMO SE ESTUDIA LA ATMÓSFERA SOLAR**

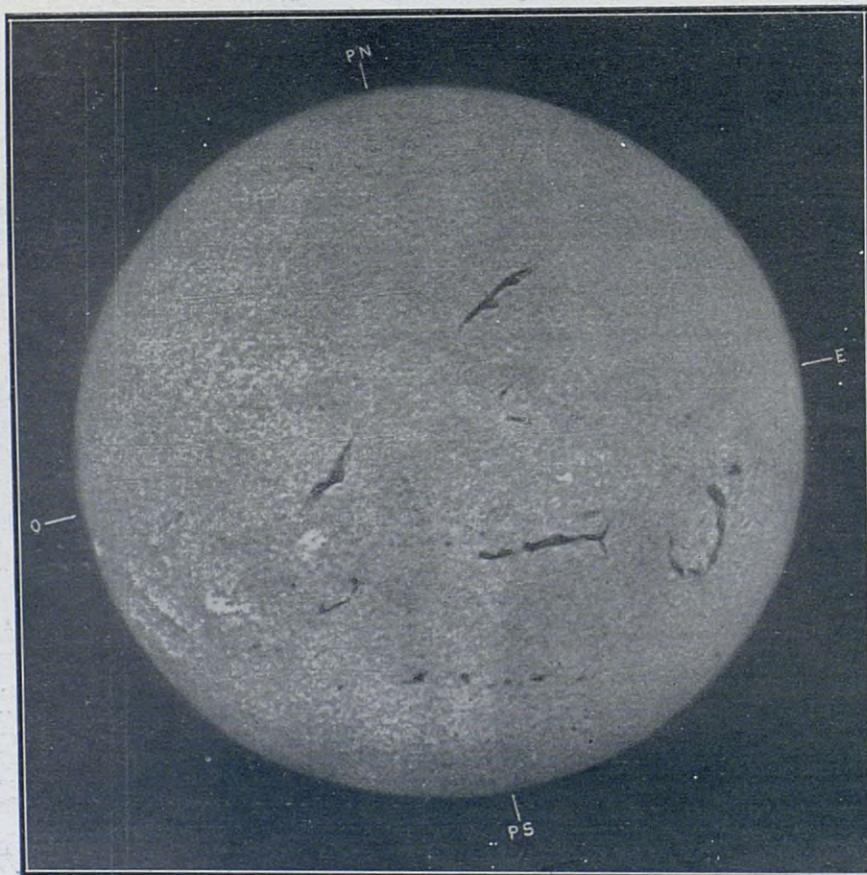


Espectroheliógrafo del Observatorio de Madrid, con el cual se descompone la luz del sol, se aísla de un cuerpo cualquiera y se obtienen imágenes solares con luz de calcio

Todos los periódicos diarios nos han dicho, días pasados, que el Sr. Ascarza, astrónomo del Observatorio de Madrid, organizaba unas conferencias de divulgación astronómica, con multitud de proyecciones fotográficas. Esto de las fotografías, nos ha interesado vivamente. ¿Habrá entre ellas—nos hemos dicho—algunas que, por su índole, puedan figurar en las páginas de LA ESFERA?

Y con esta idea fija, hemos visitado al Sr. Ascarza. Lo hemos hallado en el Observatorio, obteniendo una fotografía, con un instrumento que nos ha parecido muy largo, muy complicado y muy pesado: «es el *espectroheliógrafo*»—nos ha dicho, y nosotros hemos apuntado enseguida el nombre por temor a no recordarlo.

El Sr. Ascarza, es un hombre amable y cultísimo; hace años hizo popular en la Prensa diaria el pseudónimo de *J. de Carvic*, con artículos de vulgarización científica; ahora dedica sus afanes al estudio de la física solar, y como consagración oficial de sus trabajos, el verano pasado fué propuesto unánimemente por varias entidades técnicas, para llevar la representación de España, en un Congreso internacional de astrónomos celebrado en Bonn (Alemania).



Fotografía del sol obtenida usando la luz del hidrógeno. Las manchas blancas son masas incandescentes de hidrógeno; los filamentos negros son grandes masas del mismo cuerpo, más frías por estar en las grandes alturas de la atmósfera solar

Hemos interrogado á nuestro amigo sobre sus conferencias de divulgación, sobre los progresos de la física solar, requerimos las fotografías que ha de proyectar, y con tal motivo, hemos visto imágenes muy curiosas de manchas y flóculos solares; de cercos y montañas lunares; de los casquetes de nieves polares en Marte; de los anillos (¡tres nada menos!) del elegante Saturno; de cometas largos, con peinada cabellera; de nebulosas complicadas; en suma, hemos visto una porción de cosas, que para nosotros resultan nuevas, raras y enigmáticas.

Y el Sr. Ascarza nos ha hablado con calor, con sencillez, con entusiasmo, de todas estas cosas. ¿Podremos reproducir algo, en resumen, de esta conversación? Vamos á intentarlo:

—Estas conferencias—nos ha dicho,—no tienen más propósito que el de interesar á las gentes, y especialmente al Magisterio primario, en los problemas sugestivos de la Astronomía. Deseo que cuando se eleve la vista al cielo, se haga con interés, con curiosidad, sabiendo que esos minúsculos puntos brillantes, son otros tantos mundos, llenos de grandezas y misterios; mundos que plantean al hombre de ciencia hondos problemas de Física, de Mecánica, de Química y hasta de Fi-

losófia. Deseo, además, que esa curiosidad entre por la vista, y á este propósito, vengo recogiendo, hace tiempo, fotografías de todas partes, con ánimo de proyectarlas.

—¿...?

—Esas fotografías—nos dijo refiriéndose á dos que le señalábamos y que reproducimos en estas páginas—son dos bellas imágenes solares, con espléndidos flóculos: una nos da la distribución de los vapores del calcio y otra la distribución del hidrógeno en la atmósfera solar.

—¿...?

—La obtención de estas fotografías, es una de las más bellas conquistas de la Astronomía física. Es difícil de explicar para el que no esté versado en espectroscopia, pero procuraré dar una idea vulgar del asunto. El Sol se compone de muchos cuerpos simples; allá, como aquí en la Tierra, hay hidrógeno, calcio, sodio, hierro, etc., etc. Todos esos cuerpos, ó un gran número de ellos, están incandescentes, son luminosos, brillan intensamente. Así la luz del Sol, esa luz blanca y deslumbradora que nos envía, es mezcla de todas las luces, de todos los cuerpos que brillan en el Sol. Si se recibe esa luz en una cámara fotográfica, se obtiene una imagen del Sol, de bordes recortados, definidos, circulares, y en la superficie de la imagen, hallaremos manchitas y fáculas; á veces nada. Esa es la fotografía ordinaria del Sol, la que viene practicándose hace más de cuarenta años, la que se practica todavía para el estudio de las manchas; es fotografía que puede abordarse con una cámara ordinaria de foco adecuado.

—Pero esta fotografía no bastaba á las ansias de investigación de los astrónomos. Hacía falta separar las luces de los distintos cuerpos y ver



Un grupo de manchas solares rodeado de grandes masas fosfóricas que forman las fáculas

mundo. Precisamente en el *Boletín de la Sociedad Española de Física*, de este mes, se publica un estudio sobre esos flóculos.

—¿...?

—Esas partes salientes que ve usted en el borde de algunas fotografías son las *protuberancias*. El borde del Sol, en fotografía ordinaria, es regular, recortado, circular. Cuando se elige la luz de un sólo cuerpo, por ejemplo, la del calcio, ó la del hidrógeno ese borde solar es irregular, dentado; á veces tiene forma de sierra, y frecuentemente presenta prominencias enormes, que se llaman *protuberancias*.

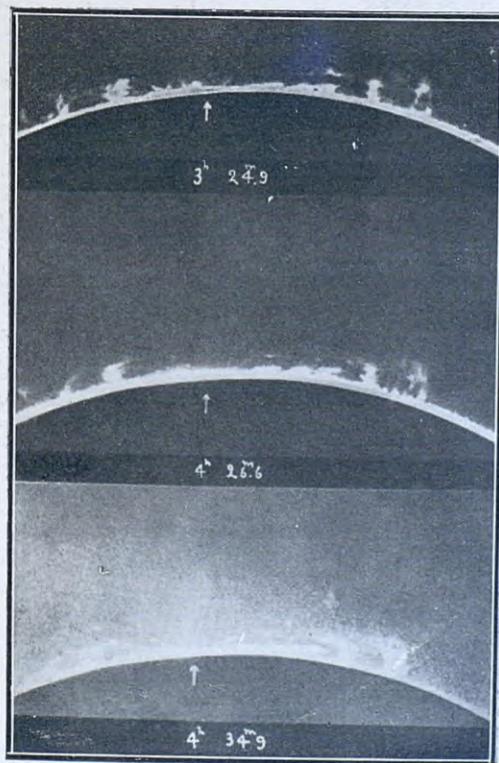
—¿...?

—Sí; el tamaño de las protuberancias es enorme; su altura se cuenta á veces por centenares de miles de kilómetros; y su masa se mueve con velocidades de cien y más kilómetros por segundo. ¡Y en la Tierra, cien kilómetros por hora nos parece una cosa extremada!

—¿...?

—Entre todos estos fenómenos, entre todas esas manifestaciones maravillosas de la actividad solar y algunos fenómenos de la dinámica terrestre, hay patentes relaciones. En descubrirlas se trabaja activamente, y quizá por este camino se lleguen á descubrir muchas cosas que ignoramos en orden á la Meteorología, á la Física y á otras ciencias.

Otras muchas cosas oímos, pero esto es lo más interesante en orden á las fotografías del Sol, que reproducimos. Agradecidos y encantados dejamos al Sr. Ascarza y descendimos del Observatorio. Por el camino pensábamos en todas estas bellas y maravillosas cosas de la Astronomía, y en la tenacidad de esos hombres, á quienes se deben tan admirables descubrimientos.

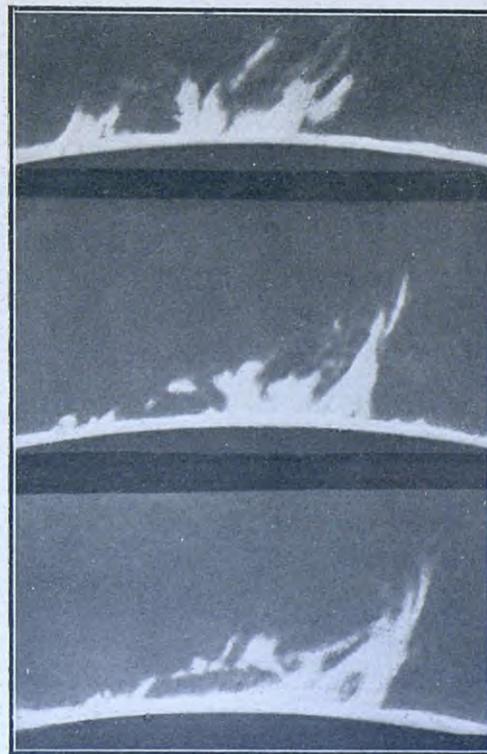


Fotografías sucesivas de una misma región del borde solar, obtenidas con el espectroheliógrafo, usando la luz de calcio. Los pinachos blancos son protuberancias transformadas en pocos minutos

cómo estos cuerpos se distribuyen en la atmósfera solar; hacía falta seguirlos en sus movimientos gigantes para asomarse á la dinámica solar y esa separación, que parecía imposible, se ha logrado con el espectroheliógrafo. De esa luz del Sol, mezcla caótica de las luces multicoloras de tantos cuerpos brillantes, que llegan á nosotros simultáneamente, de esa luz complejísima, el espectroheliógrafo separa la que proviene de un solo cuerpo, la que proviene del calcio, del hidrógeno, etc., etc., y con esa sola luz, simple, obtiene la fotografía del Sol. Así están hechas esas dos. Figúrese usted que hay un grupo de cincuenta personas, y que se pone la cámara fotográfica delante de ese grupo y ya se obtiene una fotografía ¿creerá usted si le dicen que ese fotógrafo ha conseguido sacar solamente la impresión de una ó de varias personas, prescindiendo de las de más? ¡No, seguramente! Y, sin embargo, algo semejante á eso—aunque no igual del todo—se hace hoy en la fotografía astronómica del Sol. Diariamente se obtiene la imagen del astro con la luz del calcio que brilla deslumbradoramente en la atmósfera solar; ó con la luz del hidrógeno, ó con la del hierro, menos intensa por lo general. Y esas porciones blancas, que unas veces parece menudos copos de nieve y otras semejan nubecillas, son gigantes flóculos, es decir, colosales *masas* de calcio ó de hidrógeno ó de hierro en vapores incandescentes.

—¿...?

—Del tamaño de esos flóculos podrá formarse idea por este dato: *en las fotografías obtenidas* en este Observatorio del día 10 al 18 de Diciembre pasado, aparecieron cuatro flóculos relativamente pequeños: hecho el cálculo de su área, he hallado que uno de ellos, sólo uno de ellos, medía más de *cinco mil millones de kilómetros cuadrados*, es decir, diez veces mayor que la superficie de todo nuestro



Fotografías de una misma protuberancia solar, obtenida con el espectroheliógrafo, usando la luz de calcio, y que demuestran las grandes transformaciones sufridas en pocos minutos

*Los coches sencillos, y de gran duracion.
Renault son elegantes.*



TALLERES y GARAGE:
AVENIDA PLAZA TOROS, 9

Automóviles Renault

Proveedor de la Real Casa

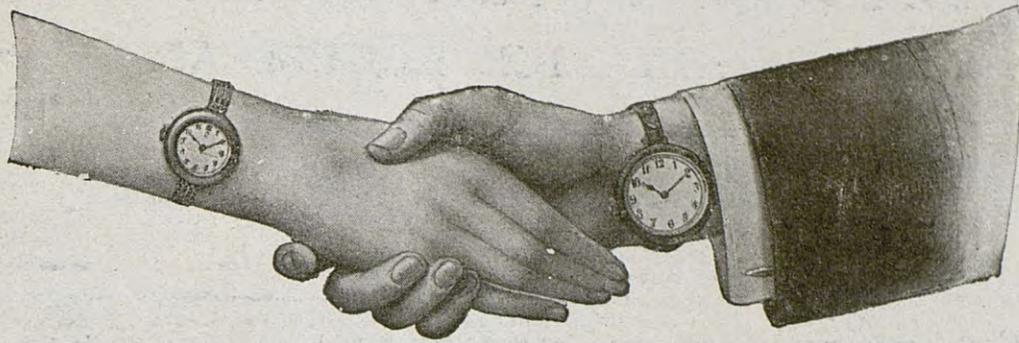
SALÓN DE EXPOSICIÓN:
ARENAL, 23, MADRID

Fábrica de Relojes de CARLOS COPPEL

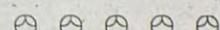
MADRID: CALLE DE FUENCARRAL, N.º 27



La casa Coppel garantiza la buena marcha de todos los relojes de su fabricación, acompañando á cada uno un Certificado de Garantía



Las pulseras para esta clase de relojes están fabricadas por un novísimo procedimiento, merced al cual se adaptan perfectamente á la muñeca, sin necesidad de broches ni sujetadores



Gran surtido en Relojes-pulsera en platino, oro, plata y oroxil (imitación oro)

La Casa COPPEL es proveedora de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra, de los Cuerpos de la Guardia Civil y Carabineros, de la Asociación General de Empleados y Obreros de los Ferrocarriles de España, y de muchas otras entidades importantes.

CATÁLOGO GRATIS
VENTA AL POR MAYOR Y MENOR

CARLOS COPPEL.—Fuencarral, 27, Madrid

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: **Francisco Verdugo Landi** □ Gerente: **Mariano Zavala**

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

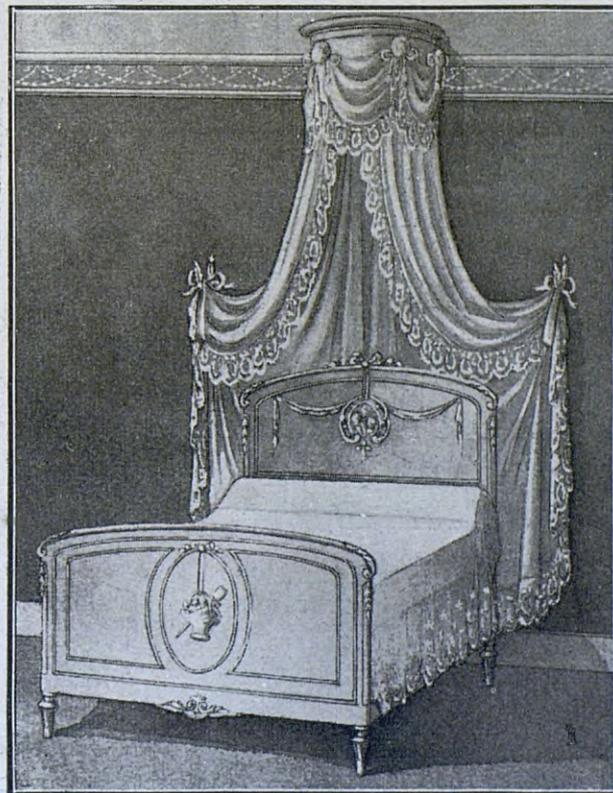
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PENÍNSULA	EXTRANJERO
Un año 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses . . 15 „	Seis meses . . 25 „

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de Correos, 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica : : : y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 : : :

SANTOS RIESCO



MUEBLES DE LUJO

Salones • Gabinetes • Alcobas • Comedores

35, ALCALA, 35

PERFECCIONES del "SUEÑO IDEAL" EL PRIMER APARATO DEL MUNDO
 1913 

EL SUEÑO IDEAL :: Modelo perfeccionado para 1913



Marque depositada

OBJETIVO Y FABRICACION

DE LA MARCA **HEINRICH ERNEMANN**
 de **DRESDEN (Alemania)**

Aplanático
 simétrical
 rectilíneo

¡El último esfuerzo de la Ciencia! ¡Una obra de arte al 100º de segundo!

TODAS LAS MANIPULACIONES

SE HACEN EN

PLENO SOL

27 céntimos al día

Todos los aparatos conocidos son literalmente aplastados por el maravilloso **SUEÑO IDEAL**

24 MESES DE CRÉDITO

Se carga y se descarga en plena luz. :: Se enfoca por el vidrio esmerilado ó por la escala de distancias

En la resplandeciente apoteosis de una perfección sobrehumana, montando recto al Zenit, el SUEÑO IDEAL relega por sus innumerables cualidades, á todos los aparatos fotográficos existentes en el mundo.

Los deseos se han realizado: los anhelos se han cumplido!

El SUEÑO IDEAL en su magnífica presentación, no sólo resume, sino que acrecenta, centuplica todos los prodigios que una calenturienta imaginación pueda concebir. Todo el mundo será fotógrafo.

Existen ya en España centenares de miles de fervientes aficionados.

Si fuera posible interrogar á todos, sus contestaciones serían invariables y se resumirían así:

«Yo siento no poder hacer tal ó cual cosa, mi aparato me satisface, pero...»

EL "SUEÑO IDEAL" no tiene "peros"

Es uno y es todo. Es universal y es la inmutable perfección.

El SUEÑO IDEAL ha sido construido con los resultantes de una rigurosa matemática de los materiales más esmerado.

El nuevo aparato que tenemos el honor de ofrecer hoy, á pesar de su precio extraordinariamente reducido (**192 pesetas**) lo entregamos con un

CRÉDITO DE 24 MESES

es decir, que remitimos inmediatamente el aparato completo al recibo de la suscripción, y cobramos (sin ningún gasto para el comprador) **8 pesetas** á principios de cada mes, hasta el completo pago de las **192 pesetas**.

CON EL "Sueño Ideal" **NADA HAY IMPOSIBLE**

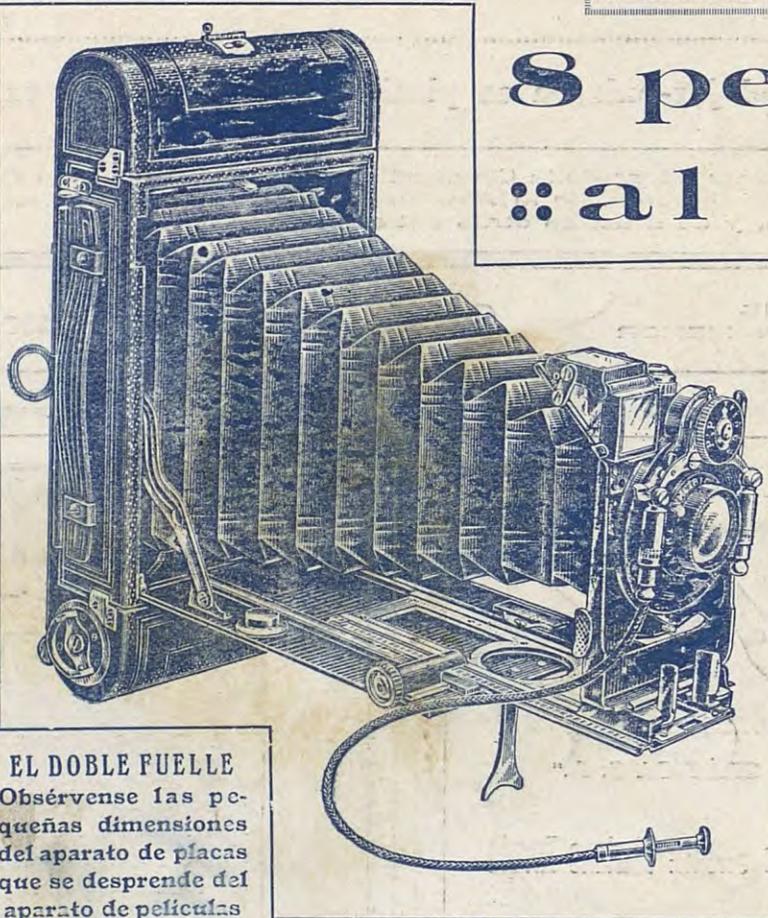
Maravillosas perfecciones del "SUEÑO IDEAL"

El SUEÑO IDEAL posee las ventajas de todos los aparatos conocidos: cámaras clásicas, cámaras de laboratorios detectives, aparatos plegadores, etc. etc.

Además de sus muchas perfecciones, posee también: **La doble tirada y la pequeña dimensión del aparato de placas que se separa del aparato de las películas.**

Maravillosa presencia, que, como una mariposa de plata, el aparato de placas se desprende del aparato de películas en cualquier momento y SIN NINGUN CÍLINDRO DE VELA. SE ¡Con el "Sueño Ideal" nada es imposible!

El objetivo del "SUEÑO IDEAL" atraviesa las sombras y las últimas luces de la tarde.



8 pesetas

:: al mes ::

EL DOBLE FUELLE
 Obsérvense las pequeñas dimensiones del aparato de placas que se desprende del aparato de películas

Se carga en plena luz. Emplea **Bobinas de películas** ordinarias y las **placas de vidrio**, á gusto del operador ó **alternativamente**, sin descargar el aparato.

Puede enfocarse por el **vidrio esmerilado** ó con la **escala de distancias**.

Es el aparato de mayor valor; el más elegante y el más consistente. Construido con madera, aluminio, cobre y acero niquelado: recubierto de escogido tafilete.

El más científicamente fabricado, descentra en los dos sentidos; con su doble fuelle pueden hacerse reproducciones, y levantando la primera lente del objetivo se obtienen vistas de doble aumento de los lejanos paisajes.

Su objetivo de gran marca, es un magnífico aplanático simétrical F. 6, 8, distancia 145 mm., una maravilla cuya nitidez visual percibe las sombras y retrata con gran rapidez los objetos animados.

Con día claro puede operar al 100º de segundo é impresiona siempre prodigiosamente detalles sorprendentes. Su mirilla extra luminosa con nivel de agua, dirige la imagen en los dos sentidos.

Es el aparato más pequeño y más ligero: se guarda fácilmente en el bolsillo, pues su dimensión es: 4 x 11 x 22 centímetros.

Su obturador se coloca entre las lentes del objetivo.

Los diafragmas que son á iris, también se colocan en el objetivo: disparador, vidrio esmerilado, descargador automático, resortes, etc.; todo está completo en este perfeccionado SUEÑO IDEAL.

EL "SUEÑO IDEAL"

se vende con toda confianza.

Ofrecemos á los suscriptores un lote de **primas gratuitas** que será acogido con agrado, y que consiste en un **materia completo** para revelar y tirar las pruebas; comprende:

- Media docena de placas de primera marca.
- Una bobina pelicular Lumiere para 6 exposiciones.
- Una docena de hojas de papel sensible.
- Un chasis-prensa.
- Un frasco revelador.
- Un frasco de viro-fijador.
- Un paquete de hiposulfito.
- Dos cubetas de laca.
- Una linterna plegable de tela roja.

Con el SUEÑO IDEAL, que no tiene rival en el mundo, pueden hacerse las más rápidas «instantáneas» y los clichés de exposición, como lo hace un fotógrafo en su estudio; los entrega con una pureza muy notable. Miden 9 por 12 centímetros.

- Cada aparato va acompañado de:
- 1.º Tres chasis dobles para dos placas.
 - 2.º Una instrucción muy detallada.
 - 3.º Un tratado de fotografía.
 - 4.º Una tarifa especial y exclusiva para nuestros abonados, ofreciéndoles á muy reducidos precios de fábrica los pequeños objetos y piezas sueltas indispensables, que resultarán muy económicos, cuando las existencias señaladas en nuestra prima gratuita se hayan agotado. Así que **sólo** nuestros clientes conseguirán hacer soberbias fotografías que no les costarán **ni cinco céntimos**.

Es un verdadero prodigio el llegar á establecerlo al precio de 192 pesetas, pagaderas en **24 meses de crédito** á razón de **8 pesetas al mes** entregando además, gratis, las soberbias primas detalladas más arriba

Facultad de devolución: dentro de los ocho días, caso de no convenir

De desear otro modelo pídase catálogo á **D. S. LOINAZ, Prim, 39, San Sebastián**

CASA DE CONFIANZA LA PRIMERA EN SU CLASE

res. / 137

